

Seix Barral Biblioteca Breve

Alonso Cueto

La pasajera

Seix Barral

Alonso Cueto

LA PASAJERA



La pasajera

Corrección de estilo: Juan Carlos Bondy
Diseño de cubierta: Apollo Studio
Diagramación: Daniel Torres

Bajo su sello SEIX BARRAL
Av. Santa Cruz No 244, San Isidro, Lima, Perú.
www.editorialplaneta.com.pe

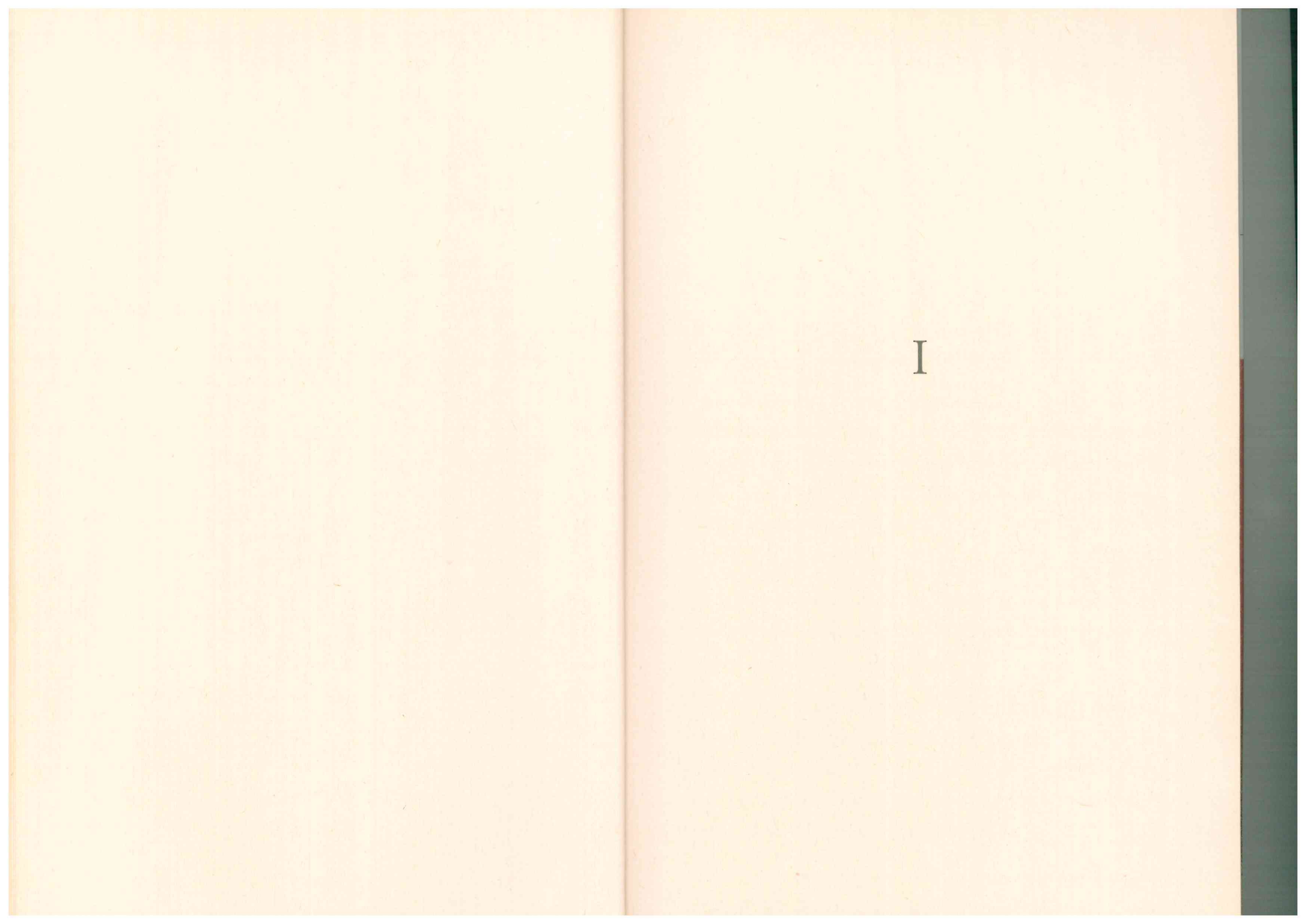
Primera edición: febrero 2015
Tiraje: 5,000 ejemplares

ISBN: 978-612-46894-0-6
Registro de Proyecto Editorial: 31501311500168
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-02354

Impreso en Metrocolor S. A.
Los Gorriones 350, Chorrillos.
Lima, Perú

Constance: I will instruct my sorrows to be proud.

King John, William Shakespeare



I

El capitán Arturo Olea entró al baño, se miró en el espejo y se puso la mano a la altura de la sien. El corto, displicente saludo militar era lo primero que hacía al despertarse, todos los días. Se quedó un momento de pie. Tenía la cabeza ovalada, los labios duros, la mirada fija de muñeco.

Una línea se abría paso en la mejilla, creando su propio reglamento. Las ojeras se habían hundido un poco más desde el día anterior. La pequeña red de las comisuras grababa para siempre una intrincada pregunta.

En ese momento sintió el silencio de la habitación. Una sentencia que llegaba desde afuera cubría las paredes desnudas, le traspasaba los hombros con un manto invisible de cenizas. El silencio del pasado, como una premonición de lo que había ocurrido, las imágenes que flotaban, la voz de esa mujer una tarde de hielo.

Arturo se asomó a la ventana. Las gentes avanzaban con esfuerzo. Era como si estuvieran abriéndose paso en la

calle, luchando contra un enemigo invisible que les impedía continuar. Algunos parecían empujar una barrera.

Todos los cuerpos que podía ver estaban cubiertos de chompas y casacas oscuras. Marchaban lentamente, como militares en retirada. El aire era frío y extraño. Algunos puntos de lluvia navegaban en círculos, dispersos en la nada.

Se alejó de la ventana. Entró al baño otra vez. Se sentó. Debía quedarse allí todo el tiempo que pudiera. El baño era el único lugar donde podía ser él mismo. El único verdadero hogar de un hombre, sí, señor. Estar consigo mismo, hablarse, tatarear algo, preguntarse qué iba a pasar más tarde. Pensar un poco más, a ver qué olvidaba. Todo eso en el baño.

Se quedó un rato. Un hombre nunca debía hacer una promesa que su vejiga no pudiera cumplir. No sabía dónde lo había leído.

Se puso de pie. Había que irse lo antes posible.

Prendió la televisión. Quizá el ruido le haría bien. Juntó su ropa, entró a la ducha, se sometió a la ráfaga con los ojos cerrados, sintió el largo momento de oscuridad y salió a las losetas chorreando, con la piel helada.

Cogió la camisa negra, el *blue jean*, las zapatillas rotas. Su uniforme de trabajo, se dijo.

Al otro lado de la puerta, con variaciones ligeras, la televisión parecía emitir siempre el mismo ruido. Un montón de voces, una tonada rápida, un montón de voces otra vez. La tenía prendida todo el tiempo que podía. No lo hacía por escuchar las noticias o ver una serie, sino solo para crearse la ilusión de que había algo vivo allí. La televisión era como un animal furioso, atrapado en una caja, que lo acompañaba siempre fiel.

Bajó a la calle. Los puntos húmedos se iban convirtiendo en líneas de agua que le corrían por las mejillas. Llegó al puesto de Toto. Se sentó, habló del desayuno y se quedó mirando la licuadora. Unos trozos de papaya entraban en un envase. Toto echaba agua, una cucharada de azúcar y apretaba un botón. La hélice enloquecía, pulverizaba los trozos en una ráfaga, el mundo daba vueltas con un aullido mecánico, y de pronto un vaso se estaba llenando de un líquido espeso de colores. Lo terminó de dos tragos. Cambió de postura. La banca de fierro le horadaba el cuerpo.

Siguió con el resto, la taza de café negro, el pan francés, el trozo de jamonada. Con eso bastaba. Se llevaría una botella de agua para el camino.

Arturo lo había hecho todos los días desde hacía varios meses y era siempre distinto. Después de desayunar jugo de papaya, un sándwich y café negro en el quiosco de Toto, llegaba al garaje donde guardaba el auto, ponía su rollo de papel en la guantera, prendía la radio para escuchar alguna salsa y entraba a la pista. Su perrito colgante se movía, era algo que entretenía a algunos de los pasajeros. Pero lo más

importante del auto para él era su crucifijo. Lo tocaba de vez en cuando y se sentía mejor.

La pista lucía llena esa mañana. Había cada vez más autos en Lima. Esa hora era la mejor para él, porque toda esa gente tenía que llegar al trabajo pronto. Algunos se bajaban de los ómnibus atascados. Él estaba listo para pescarlos allí.

Durante dos o tres horas estuvo dando vueltas, recogiendo pasajeros y dejándolos en Surquillo, Jesús María y La Molina. Felizmente ninguno le habló demasiado.

No sabía qué hora era cuando se enfrentó a la calle vacía. Una lluvia lenta, de puntos flotantes. Se sentía bien acompañado.

* * *

Delia caminaba con los brazos apretados en el cuerpo. Iba por la calle de paredes de yeso y puertas pequeñas. Los puntos de agua le humedecían el pelo. Su figura atravesó una pared llena de letras rojas. Los zapatos chatos sonaban como breves tambores en la acera.

Era el último día y tenía que ir a pagar su recibo. Pero esa no era la única razón por la que se movía tan aprisa.

Llegó a la puerta. Tocó el timbre. Nadie contestaba.

—Señora Liz —dijo—. Soy yo, Delia.

La señora Liz salió a la puerta. Una mujer ancha, con un mandil celeste, ojos grandes y amables, un mechón generoso en la frente. Su cara tenía una sonrisa rápida y entera, siempre cerca de ella. Desde que había llegado a ese barrio, Delia se había refugiado con frecuencia en esa cara.

La señora Liz se estaba secando las manos con un trapo.

—¿Cómo estás, Delita?

—Un favorcito venía a pedirle, señora Liz.

—Claro. Dime, hijita.

—Tengo que salir a pagar. ¿Puede estar un ratito en la peluquería por si viene alguien? Usted ya sabe lo que hay que hacer.

—No hay problema.

Delia le sonrió.

—Y una cosita más, por favor. A la una, ¿puede recoger a Viviana del nido, por favor?

—Claro, hijita. Pero te veo muy preocupada. ¿Pasa algo?

—No es nada, señora Liz. Es que tengo que ir a Surquillo, a pagar la cuenta de luz. Es que me van a cortar si no pago ahora. Ay, es que una clienta se me apareció a última hora y la tuve que atender, pues.

—No te preocupes. Yo siempre voy a pagar allí también, en Surquillo. Hay horario corrido allí. Más bien, mejor espérate un ratito porque ya van a dar las doce. A esta hora todos van allí y hay mucha cola.

—¿De verdad?

—Claro. No te preocupes. Pero pasa, tómate algo conmigo. Seguro que ni desayuno has tomado, Delita.

Delia miró hacia la calle. Un microbús dio un soplido, se detuvo. La gente bajó atropellándose y el vehículo siguió su camino. No le haría mal beber algo caliente antes de salir a tomar uno de esos buses.

—¿No está ocupada?

—No. Ven, pasa.

Delia entró al cuarto. Se sentía tan en casa allí.

—Un ratito nomás —explicó.

Había una mesita de fórmica, sillas de fierro, un lavatorio de loza blanca. Algunos pomos de colores junto a la ventana. Un retrato del Corazón de Jesús, fotos de laderas verdes, una pintura con cisnes distraídos. Una réplica del cuadro de la plaza de Huanta, firmada por José Sabogal, en el centro de la pared.

A un costado una cafetera despedía humo.

—Justo iba a tomarme un cafecito para el frío. ¿No quieres? Ya está listo, mira. Además, unos bizcochitos también tengo.

—Ya, pues, señora Liz. Le acepto.

La veía maniobrar la taza, el platito, el azucarero de metal. La señora Liz sacó las cucharitas y el cuchillo. Fue cortando los bizcochos en rodajas grandes. La luz blanca de la ventana la iluminaba más que a otras personas que Delia conocía.

—Aquí tienes —dijo la señora Liz, mientras le iba poniendo un plato con una rodaja.

Delia sintió el sabor dulce y fuerte del café. La sangre empezaba a correr por su cuerpo. El sabor y la textura de los bizcochos la confortaban.

—Gracias, señora Liz. No sé cómo los hace tan ricos, señora.

Delia terminó la taza. Daba mordiscos grandes y rápidos. De pronto el plato estaba lleno de mendrugos.

—Voy a preparar unas cositas también para este domingo.

—¿Por qué el domingo?

—El domingo después de misa hacen una pequeña reunión en la comunidad pastoral aquí nomás —dijo señalando un punto—. Van a poner sandwichitos, empanadas y chicha. Yo voy a llevar algo también. Es para celebrar el aniversario de la comunidad. Vamos juntas, si

quieres. Allí puedes conocer a algunos hombres buenos y honrados, como los que a mí me gustan.

—¿Hombres honrados? No creo que pueda, señora Liz.

—¿Pero por qué, hijita?

—No sé. Nunca voy a poder hacer eso.

—Ay, hijita. Yo sé que lo que pasó fue terrible. Algo que tenemos que olvidar. Pero eso ya pasó. Tienes que salir adelante. Si quieres, yo voy a hacer una fiesta aquí y a invitar a unos cuantos amigos. Lo malo es que hay pocos hombres que van a tu peluquería. Así, nunca vas a conocer a nadie.

Delia se quedó en silencio. El humo salía de la taza y le inundaba el rostro, como un manto benefactor.

—Más bien quisiera regresar a Huanta un día de estos. Eso quisiera. Todavía tengo amigos allí. Y tengo a mis tíos. Hay malos recuerdos, pero también tantas cosas lindas que pasaron. Tengo que pensar en eso. Tengo que aprender a recordar mejor.

—Bueno, pero quédate aquí por ahora. Aquí puedes conocer a mucha gente. Y tu peluquería puede prosperar. Tienes que escoger a un buen hombre. Un hombre a la antigua, Delita.

—¿Cómo es eso? —sonrió Delia.

—A la antigua, pues. Sano, fuerte, trabajador y tener la cabeza y el corazón bien puestos. No como esos mequetrefes que hay ahora. Hay hombres que no dejan a una mujer envejecer tranquila.

Delia sonreía. Estaba moviendo la taza de un lado a otro, como si fuera un juguete.

—Un hombre así. Usted pide mucho, señora.

La señora Liz se quitó el mandil. Delia sabía que lo usaba todo el día. Aún así, siempre parecía estar limpio. Delia la vio ponerlo en la silla y sentarse otra vez a su lado.

La señora Liz la apuntó con el índice.

—Hoy he tenido un presentimiento, ¿sabes? Creo que vas a conocer a un hombre pronto.

—Qué cosas dice, señora Liz. ¿Dónde lo voy a conocer?

—Por eso te digo. Tienes que ir a la reunión de la comunidad el domingo. Allí hay hombres buenos.

—Demasiado buenos, creo —bromeó.

—Es que hay que tener cuidado con los hombres sinvergüenzas que andan por allí.

—Si usted lo dice, señora Liz.

Delia terminó el café. Era su segunda taza y debía parar.

—Bueno, gracias, señora Liz. Le agradezco muchísimo. Me voy ahora con sus consejos. Y regreso rápido. Vivianita sale a la una, no se olvide.

Ella se levantó. La señora Liz se puso a su lado. Le estaba abotonando el saco.

—Pero abrígate, Delia. Abrígate que a lo mejor la cola está muy larga.

* * *

Aferrado al timón, Arturo sintió algo extraño. Le parecía que la calle avanzaba en su contra. Los microbuses, los postes, la gente que caminaba. Todo iba gravitando hacia él. Tomó otros dos pasajeros que hicieron la charla habitual. Cuánto me cobra, voy al centro, tengo un billete de veinte, ¿tiene vuelto?, apúrese, señor, que llego tarde.

Llegar tarde, llegar temprano. A veces transportaba a gente apurada, pero él nunca tenía prisa. Él vivía en el mismo lugar. Solo la oscuridad, el grito de las mujeres, el silencio de los cerros, los truenos en sus oídos. Ese era el tiempo verdadero.

Pasó cerca de la iglesia de Lince y detuvo el auto. Entró, se arrodilló frente al altar. Pensó en su madre, luego vio la cara de su esposa y su hija. Se quedó murmurando en voz baja.

Salió al auto otra vez. Fue avanzando, mirando a los peatones. El ruido del tráfico no podía competir con ese otro ruido. Los cuerpos amontonados en el silencio.

Frenó, extendió la mano y sintió un bulto. Uno de estos días iba a dispararse sola. Guardaba una pistola debajo del asiento. Era para cuidarse de los asaltos. Su Glock nueve milímetros estaba siempre cargada. Le gustaba la forma, un cañón corto y negro, la agarradera oblicua, la dureza y el peso. La había usado alguna vez para defenderse de unos pasajeros gangsteriles (así le gustaba llamarlos) que primero lo habían amenazado y tras ver el arma habían salido huyendo.

Le hacía bien sentir que la tenía allí. Tenía su cacerina. Estaba cargada. Pero no la había disparado en un buen tiempo.

Ese día no parecía distinto a todos los otros. La procesión de autos, los bocinazos, el atasco. Algunos miraban el reloj. Otros estaban mirando por la ventana, perdidos en el aire. Lo normal.

Un pasajero alzó la mano. Al Mercado de Surquillo, le dijo. Ricardo Palma y Zanjón. Poco después estaban frente a las letras grandes del mercado. El hombre se quedó observándolo cuando él se detuvo. Era algo extraño. Luego le pagó y se bajó.

Arturo vio una fila de microbuses.

Debía esperar. A lo mejor alguno de los pasajeros que estaban llegando tarde a algún lugar se salía de la fila de ómnibus y buscaba un taxi. Podía pedir algo más de dinero si los veía con la cara muy ansiosa. Esperar detrás de un ómnibus. A veces daba buen resultado.

* * *

Delia avanzó por el cemento sucio y cruzó el puente del Zanjón. La baranda de amarillo oxidado, las planchas de cemento, el polvo húmedo que alzaban los microbuses. Los autos parecían atravesarla por debajo, como balazos que le enviaba un pelotón distante. Llegaban desde por allá y seguían su curso. Miró hacia el edificio donde tenía que pagar. Era un edificio azul, con unas letras blancas y enormes, y algunas franjas descoloridas encima. Allí debía pagar su cuenta de luz. Unas rejas, un letrero, unas escaleritas sucias.

Hizo la cola. Estuvo allí inmóvil detrás de veinte o treinta personas. Los rostros miraban al vacío, esperando. De pronto vio el reloj. Iban a ser las tres. Había pasado casi dos horas allí.

Pensó en cómo podía distraerse mientras esperaba. Miró las otras caras que esperaban delante de ella. Todos parecían ángeles derrotados, personas que esperaban cobrar algunas migajas de vida allí.

Seguro que la señora Liz ya había recogido a Viviana. Felizmente sabía entretener a su hija. Jugaban a las bolitas y a los cubos. Viviana se reía mucho con ella.

Una mujer delante de ella sostenía a un pequeño. Era una chica tan joven. Tenía una blusa y un *blue jean*. Sus brazos y sus muñecas apenas podían con el peso. Un pelo triste y descolorido le rozaba los hombros. En sus brazos, el niño de ojos inmensos alzaba una mano, tratando de alcanzar el mundo.

La cola iba a tardar. Tendría que tomar un taxi de regreso, pensó.

* * *

Arturo avanzaba por la avenida Ricardo Palma. Un microbús se movió. Una figura apareció detrás.

Un cuerpo delgado, incierto, en la acera, alzaba la mano.

Una mujer. Lo estaba mirando, con la mano en alto.

Arturo se acercó.

—¿Taxi?

La cara se acercó a la ventanilla.

Él no iba a acordarse luego qué fue lo primero que le dijo. Atrás, empezaron los bocinazos.

Arturo vio el pelo negro y largo, los ojos estirados, la boca dura. Escuchó la voz.

Era ella. No había la menor duda.

—Señor, vamos a Chorrillos, por favor.

Se quedó en silencio, sin poder moverse. Sentía el timón duro en el estómago.

—¿A qué parte, señorita? —atinó a decir.

—Al final, por el malecón Grau y luego a la izquierda en Mariscal Castilla. Por allí nomás me quedo.

Él atinó a decir un precio. Ella se subió.

Arturo miró la consola. Tocó el crucifijo. Miró el espejo. Podía ver una parte de su pelo en el asiento de atrás.

Sintió que el nudo en la garganta viajaba por su cuerpo, se extendía por sus brazos y sus piernas, le paralizaba el cuello.

Arrancó a toda velocidad.

—Cuidado, señor —dijo la mujer.

Arturo apretó el acelerador. Debía llevarla. Debía llevarla.

Pasó algunos semáforos. Seguía lo más rápido que podía, tratando de adelantarse a los otros autos. Cuando salieron de Barranco y llegaron a la Clínica Maison de Santé, la miró por el espejo otra vez. Un mechón revoloteaba por sus ojos. Ella parecía distraída. Estaba mirando hacia abajo, luego hacia la ventana.

Llegaron hasta el final del malecón Grau, en Chorrillos. A la derecha, frente al mar, había una fila de palmeras y algunos árboles tipas. Dobló por Mariscal Castilla y, a la altura la pequeña plaza de la pileta, se detuvo. Era la calle José Olaya. Desde allí podía verse la falda del morro.

—Es allí. Gracias.

Arturo vio la puerta. Vio un letrero. Era una peluquería. Miss Liz. Cortes. Tintes. Maquillaje.

Ella le pagó y salió del auto.

Arturo dijo su nombre en voz baja.

Delia.

Así se llamaba. Así se llamaba. Se acordaba bien.

Miró a la mujer. Estaba abriendo una puerta. Una señora robusta, con un pañuelo en la cabeza, salía a recibirla. También había una niña que se abrazaba a ella.

Se alejó a toda velocidad. En la avenida Iglesias, un hombre estaba cruzando la calle. Arturo frenó. Sintió el chirrido contra el asfalto. El hombre salió corriendo.

Arturo se abrazó al timón. Se quedó allí. Vio a un policía acercándose. Escuchó algo de lo que le estaba diciendo el guardia y dio algunas explicaciones. Entregó los documentos y recibió una admonición. Se secó las lágrimas. Prendió el auto otra vez.

Corría por la pista en dirección a Barranco. A la altura de la plaza, se detuvo, se bajó del auto y se quedó de pie. Miró las

estatuas blancas y los parches de flores. Los rostros blancos y fijos se dirigían a él. Sabían algo.

Llegó a Miraflores. Cuadró el auto en una playa, algo que nunca hacía. Caminaba por las calles entre la gente, como un sonámbulo. Apenas podía sostenerse.

Felizmente la iglesia del parque estaba abierta. Tenía que sentarse en algún lugar. Entró al aire oscuro con olor a humo. No sabía qué buscaba allí, solo sentirse bien.

Miró hacia el altar.

—Señor —dijo—. Ya sabes por qué estoy aquí. Por lo que acabas de ver.

Arturo se quedó en silencio. Murmuró algunas oraciones.

Después de un rato, se persignó y salió al parque. Vio a un vendedor ambulante de salchichas en un carrito rojo. Dos gatos junto a un árbol lo observaban.

Sacó el auto a la pista. Llegó al Mercado de Surquillo. Comió un menú de sopa y seco de res.

Se subió al auto otra vez. Vio a un pasajero que le hacía una señal.

De pronto se dio cuenta de que enfilaba hacia Chorrillos, donde la había dejado. Iba derecho hasta allí. Tenía que verla otra vez. No sabía por qué. Tenía que verla.

Llegó en menos tiempo de lo que esperaba.

Se estacionó. El letrero. Peluquería Miss Liz. Un perro vagaba por la calle y husmeaba en las bolsas.

Se acercó a la puerta. Antes de entrar tuvo un instante de duda.

* * *

La mujer a la que había visto tantas veces en sus recuerdos estaba de pie, con un mandil. A su lado, había frascos con lociones, unas tijeras, un secador. En las paredes había fotos de mujeres jóvenes, con el pelo extendido y luminoso. En una esquina había un hombre de pelo corto y negro que miraba con una sonrisa a quien entrara. Unos espejos los reflejaban. Él estaba tan cerca y los espejos la multiplicaban sin fin.

No parecía notarlo. Se lo tenía que decir. Pero ella se adelantó.

—¿Quiere cortarse, señor?

Lo miraba. Había un asomo de sonrisa en ella.

No lo había reconocido. Ni siquiera se había dado cuenta de que él era el mismo que la había dejado allí esa mañana.

¿Debía decírselo allí mismo? ¿Así, de pie, mirándose el uno al otro? ¿Qué podía hacer?

Ella lo miraba. Le acababa de ofrecer cortarle el pelo. Arturo inclinó la cabeza. Sí.

Se sentó frente al espejo. Vio su cara. Estaba mirándola de frente, ella aplicada a su cabeza con las tijeras. Era la misma cara que había visto esa mañana, pero era otra. Era la de alguien que había emergido de esa tarde en una zona del campamento en Ayacucho y que se encontraba en un nuevo territorio, en ese momento dueña de unas tijeras con las que podía cortarle la garganta.

Vio la cara de Delia a su costado, preguntándole cómo quería que se lo cortara. Entonces también vio su cara, tendida en el pasto, una noche de silencio. Vio las mismas manos con las que ella intentaba arrastrarse solo que en ese instante estaba allí, moviendo unos frascos, poniéndole un mandil.

Arturo le dijo que podía emparejarle el pelo, nada más. Sintió el sonido de las tijeras. Las leves caricias de las hojas afiladas en la sien. Las ráfagas de ametralladora, los chasquidos en las piernas, el movimiento de unas manos bajo las suyas. Estaba allí. Arturo no pudo contenerse más. Sintió sus manos firmes y tibias. Ella le rodeaba la cabeza y él no podía seguir donde estaba.

Entonces oyó algo. Era una niña que asomaba detrás de la cortina. La niña le sonreía. Tenía los ojos de su hija. Era tan parecida a su hija.

—Ya acabé mi tarea. Voy a jugar, mami —dijo.

—Ya, Viviana —le contestó Delia.

La niña desapareció.

Arturo sintió una ola de energía en las piernas. Se puso de pie. Ella detuvo el movimiento. Lo miraba con sorpresa. Tenía las dos manos en alto, una de ellas con la tijera abierta.

—¿No me reconoces?

—¿Qué me dice?

—Soy el que te llevó esta mañana —le dijo—. En el taxi. ¿Te acuerdas?

Ella lo miró.

—Pero... Sí, sí, señor. Usted me trajo.

De pronto él se acercó.

—Soy yo. Por favor. Soy el capitán Arturo Olea. Estaba en el Ejército, en Ayacucho. ¿No te acuerdas? Soy yo.

Lo que Arturo vio a continuación iba a perseguirlo hasta el fin de sus días. El rostro de ella se hundió y de pronto solo quedaron sus ojos enormes fijos en él. Sintió el primer alarido.

—No sabes cómo... Yo también...

Arturo no pudo terminar la frase. Los ojos despedían una luz vidriosa. Arturo sintió que la fuerza de esos ojos iba a

hacerlo trastabillar y caerse. Los gritos cortaban el aire. Fuera, fuera, fuera. Fuera de aquí. Pero yo. Cómo hiciste para escapar. Váyase de aquí. Quisiera ayudarte en algo. He vivido con ese recuerdo, no te puedo decir cuántas veces me ha torturado lo que pasó.

Arturo se alejaba. Sintió los brazos de ella.

De pronto estaba en la pista. Una brisa le golpeaba la cara.

II

Mientras se apretaba a la puerta, Delia se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir. Tantos años de recuerdos y de pronto todo se había materializado otra vez, bajo la forma de ese cuerpo. Un día cualquiera, ella sale de su casa, va a pagar un recibo, vuelve a trabajar y el oficial de esa tarde en Ayacucho está allí. Había temido que algo así ocurriera algún día y cuando ese hombre por fin había llegado, no lo había reconocido. Pero estaba allí. Le había hablado. Ella lo había tocado.

Era la única cara que recordaba de ese día. La de ese hombre. No la de los soldados que habían hecho cola y que la habían violado, riéndose o insultándola. No la de los que la habían amarrado a esa tarima. No la de los que se la habían llevado de su casa unas horas antes. No recordaba ninguna de las caras de esos soldados, pero sí la de ese tipo de bigote y galones que había organizado la cola de ellos afuera. Ese hombre se había afeitado el bigote, había engordado, no tenía

puesto el uniforme. Pero su voz era la misma. Esa mañana no había prestado atención al chofer del taxi. Tampoco al tipo que había entrado a la peluquería. Solo cuando él se había puesto de pie, cuando había dicho esas palabras...

Había vuelto a sentir su aliento, el terror de su voz, tan cercana ahora entre las paredes del lugar donde ella vivía. La voz que había dado las órdenes, que había dispuesto a todos esa tarde. La misma voz áspera que había estado afuera de la covacha, que le había dicho antes que si eso pasaba, ella podría ver otra vez a sus padres. Ese era el que estaba allí. Acababa de hablarle. Había estado de pie, en ese mismo lugar. Ella había tomado su taxi, le había pagado. Él había estado frente a ella. No recordaba sus palabras de ese día, tan solo unas disculpas y una cosa como «lo siento», como si fuera posible que alguna palabra o sentimiento existiera después de eso.

Cerró la puerta con llave, dio unos pasos dentro del cuarto y sintió que su cuerpo se venía abajo. Luego de un tiempo indefinido, oyó que alguien la llamaba. Los ojitos de Viviana. La vocecita. Era Viviana. Hola, amor. Qué te pasa, mami. Por qué estás así. Ven, hijita. Te voy a servir. ¿Pero estás bien, mami?

Algunos clientes más llegaron esa tarde.

Esa noche cumplió con todos los protocolos. Le dio de comer a Viviana, vieron algo de televisión, le repasó algunas de sus letras. Eran letras de colores, muy lindas, y ella ya las podía repetir. Los cubitos de letras, unos juntos a otros en el piso. Vamos a hacer palabritas, Viviana. Ya, mami. Mira, aquí tienes. Papá. Mamá. Dios. Patria. Perú. Y tu nombre: Viviana. Tu nombre significa vida, hijita. Luego le sonrió, le dio un abrazo. Ya es hora de dormir, vámonos a tu cuarto.

Entró a su dormitorio. Allí estaban las imágenes de todos los días. Sus fotos de la iglesia a cal y piedra de Huanta, su imagen de la Virgen del Rosario, las fotos de Viviana cuando recién llegó con ella del hospital. Su catre con una frazada ploma de rayas celestes, su mesita con unas revistas y su imagen de la Virgen en la pared. En ese instante, todo eso le parecía tan lejano.

Las ventanas estaban negras y algunas luces se organizaban allá, al otro lado. Se oían los ruidos de siempre, pero ella nunca los había escuchado antes. Eran los ruidos del infierno concreto, los ruidos del hombre que entraba a la covacha, la sensación del hombre en ella, los gritos de todos afuera.

Se persignó y empezó a rezar en voz baja.

Abrió la puerta de la calle y le pareció que entraba a otra casa, mucho más grande. La calle era su casa, la noche era su casa, el cielo era su casa. La gente que caminaba en la vereda no hacía sino mirarla. Ella sentía que todos la conocían. Vio la cruz de luces en lo alto del morro. Era una cruz hecha de las torres que los terroristas habían derribado. Con el fierro destrozado de esas torres, habían hecho la cruz que ahora la iluminaba. Una cruz hecha de explosiones que buscaba la paz.

Estaba caminando sin dirección. Más allá estaba el morro. Allí nadie la vería, nadie la vería. Pensaba solo en correr. Debía escapar de la casa que no era la suya sino ahora la de él. Era el lugar donde acababa de estar ese oficial. Escapar de esa tierra maldita que él había pisado.

Empezó a subir. A ratos tomaba el borde de la pista junto al muro blanco, a ratos entraba por los caminitos. Las piedras de la ladera del morro le raspaban las suelas, una después de otra. Debía seguir. Corría por la pista. El viento le hacía arder los ojos. Cruzaba los muros, daba saltos sobre las piedras, seguía hasta el fondo del cielo negro. La brisa le golpeaba la cara y seguía su camino hacia el mundo de abajo. Las lágrimas resbalaban en el sudor y en el polvo. No se atrevía a mirar hacia atrás.

Tropezó con una piedra, se vino al suelo y sintió el fuego de las manos ensangrentadas. Se levantó. Abajo se movía la curva del mar, era el agua como un gran puñal abierto, la mano de un monstruo entrando a la ciudad.

Recordó el color de las retamas, los paltos que se asomaban y las laderas verdes. Allí abajo, al fondo, las luces, el agua, el fondo del mundo. Todas las imágenes de ese día regresaban hacia ella. Pensó en que solo podía suprimirlas si se tiraba de allí y le encomendaba su alma perdida a la Virgen del Rosario. Llegó hasta el borde del cerro. El rumor golpeando las rocas, el largo aullido del viento y algunos pájaros aterrados. Sintió esos otros ruidos furiosos del silencio. Los ruidos blancos de las olas, los ruidos de las luces, los ruidos de la neblina. Esos ruidos del otro lado le reclamaban su cuerpo. Debía ir hacia allá. Debía tirarse de lo más alto. Dio un impulso hacia adelante. Estaba en el borde del abismo.

Entonces apareció un rostro. Era el de Viviana echada abajo, en algún lugar de esa masa negra. ¿Iba a despertar preguntando por ella? ¿La señora Liz iba a tener que explicarle? ¿Mira, Vivianita, no sabemos dónde está tu mamá? ¿Decirle eso? ¿Han encontrado su cuerpo, Vivianita? ¿Lo siento mucho, hijita?

Delia miró las luces del agua, la oscura neblina, el claro tormento del cielo. Entonces cayó hacia atrás. Un dolor que se parecía a la necesidad de vivir le cruzaba el cuerpo. Sintió la tierra en la mejilla.

Se quedó allí por un tiempo indefinido hasta que se despertó con la tierra en los ojos. Alzó la cabeza. Debajo de ella avanzaba el sonido del mar en la madrugada. Era un sonido intermitente que se alzaba en la oscuridad. Algunos faros de autos giraban en la negrura como insectos. De pronto sintió una voz detrás. «Oye, oye». Era la de un hombre andrajoso. Uno de los tipos que merodean el cerro.

El hombre se estaba acercando. Podían verse su sonrisa y sus ojos negros. Decía algo incomprensible.

Delia se levantó, se acercó a él y le dio un golpe en la cara. Lo vio huir. Por un instante no sintió nada. Luego la mano le empezó a arder.

Solo entonces se cayó, se cubrió los ojos, sintió el sabor de la tierra en las entrañas. Se entregó a la explosión y al alivio del llanto. Pero ya no lloraba por lo que había ocurrido en el cuartel, sino por todo lo que había pasado después. Todo lo que había pasado después de ese día. Despertarse con la piel helada en el campo, aferrarse a la ropa que le quedaba, sentir aún el dolor que le partía el cuerpo entre las piernas, tratar de caminar, encontrar una choza donde un hombre de barba blanca le decía algo, ven, vamos, toma un poco de agua, alzar la cabeza lo que podía, sentir el calor del agua de hierbas como una bendición en sus entrañas.

Todo lo que había ocurrido desde entonces había marcado el único recuerdo que guiaba sus pasos. Su viaje a Huamanga, el rostro de la Mamá Angélica, los padres que te criaron han muerto, Delita, te lo tengo que decir, su amiga Gloria que le insistía, vámonos de aquí, ya no podemos estar aquí, vámonos a Lima. Y la frase que ella le había dicho después de algunas semanas:

—Estoy embarazada, Gloria. Estoy esperando.

—¿Qué?

—Después de eso que me hicieron todos los soldados, mira. Después de la violación. He quedado encinta, oye. Y tengo dieciséis años.

—No lo puedo creer.

—No sé qué hacer, Gloria. No sé qué hacer. No sé qué hacer. No tengo a nadie a quien quejarme de nada.

—Aquí no sirve de nada quejarse, amiga. Ven, tiene que verte un médico. Vamos a Lima.

Sentada en lo alto del morro, mientras el viento parecía deshacerle la cara, Delia podía oír esas palabras una y otra vez. Luego, en Lima, cuando Gloria la había llevado a vivir con ella, había conocido a otros refugiados de Huanta en San Juan de Lurigancho. Vivían todos en una casa grande. Trabajaban de día en cualquier cosa y de noche se juntaban a contar historias. Todos se contaban historias y los domingos se reunían en el Parque Zonal Huiracocha. En el grupo había otras mujeres que habían sido violadas. Hasta que con la ayuda de un médico, que era tío de Gloria, ella había dado a luz a Viviana. Había escogido ese nombre porque simbolizaba la persistencia en la vida, en medio de la oscuridad. Algo así le había explicado a su amiga, cuando le preguntó.

Pocos meses después, Delia había empezado a trabajar en una bodega que tenía Gloria, en San Juan. Por entonces aún vivía en la casa de su amiga. Atendía a los clientes con su hijita en brazos. Luego, un día había llegado la señora Liz. Una mujer que entró con una sonrisa enorme a su cuarto. Gloria se la había presentado.

Tengo un trabajo para ti, Delia, le dijo la señora Liz. Gloria me ha dicho que eres una chica muy buena. Vámonos

a Chorrillos, que allí vas a estar en mi casa, luego vas a seguir un curso de cosmetología. Tengo una peluquería que yo antes la manejaba, pero ya estoy muy vieja para cortar el pelo y para hacer los peinados de la gente, así que ahora no hay quien me la maneje. Yo te pago el curso y después tú me alquilas el local y vives allí además, si quieres.

Y entonces había llegado a Chorrillos. Había alquilado el local de la peluquería a la señora Liz en Chorrillos. Se había mudado a vivir allí con Viviana. Iba a empezar una nueva vida. Pero nunca había imaginado que podía pasar algo así. Nunca había pensado que alguien que había estado ese día podía regresar. Tocarle la cabeza al hombre que había dirigido el pelotón esa tarde cuando la habían violado.

Solo le quedaba hacer algo antes de morirse. Decirle a Viviana que era hija de lo que había ocurrido ese día y que sin embargo la quería más que a nadie en el mundo. Decírselo. Que ella lo entendiera. Cualquiera de esos soldados miserables podía ser su padre. Lo eran todos. No sabía qué más le iba a decir.

Delia se quedó sentada. Sin darse cuenta había cerrado los ojos por un tiempo indefinido. Pensó en las imágenes más remotas. Había habido un tiempo en el que el mundo había sido distinto. Ella estaba en su casa en el barrio de la Alameda, junto al parque Santillana, donde vive el glorioso Señor de la Ascensión, estaba en su casa con sus padres adoptivos, las paredes blancas y el techo de tejas, ella y sus hermanos que a veces iban a la chacra, el mundo había sido tan distinto entonces, claro que no era un mundo del todo bueno, vivían con las justas pero por lo menos podían comer algo todos los días y estaban juntos, iban a la plaza los domingos y veían las palmeras y las rejas blancas y las dos torres de la iglesia. Era un mundo que parecía tan cercano en ese momento, y de pronto ya no quedaba nadie.

Delia cerró los ojos y vio claramente a sus padres, que la habían recogido del orfanato del padre Vivanco a los ocho años, a sus amigos del barrio de la Alameda y a sus hermanos. Esos padres suyos que se apellidaban Espíritu, como si unos ángeles la hubieran hecho regresar del olvido. Recordaba muy poco antes de eso, pero los recordaba a ellos. Todos ellos habían existido, habían estado allí, le habían hablado. No podía ignorar que también la habían amado así como ella los había amado a ellos. Ese amor le tenía que seguir dando fuerzas. No podía tirarse por el abismo esa noche. Tenía que regresar a su casa. Vivir.

Cuando abrió los ojos de nuevo, vio una luz sobre las ondas de agua. Estaba amaneciendo. Vio la cruz en el morro y de pronto otra cruz se superpuso a esa. Era la cúpula de la capilla de la Alameda, en Huanta, con sus campanas debajo.

Se puso de pie. Iba a volver donde Viviana.

Regresó a su casa. Entró a la cocina y llenó un vaso de agua. Se lo tomó todo de un solo sorbo, un sorbo largo y transparente, como si se estuviera preparando para una nueva vida.

* * *

El capitán Arturo entró a una cantina y pidió una cerveza. Vio las paredes raspadas, como si alguien hubiera frotado la cabeza muchas veces en la superficie. En la pared había algunas grietas como arañas que trepaban hacia el cielo.

Él había dirigido las operaciones ese día, era verdad. No había participado en ellas, pero había hecho más que consentirlas. Las había organizado. Había obedecido al coronel. El coronel le había dado la fórmula. Decirle a ella que después de todo eso, solo si ella aceptaba, podía ver a sus padres. Había ordenado a los soldados hacer la fila. Había dispuesto que Delia estuviera en la covacha. Había esperado a que todo terminara. Lo había hecho con un hervor de tristeza y de pena en la garganta. Pero lo había hecho. Luego se había ido unas horas del campamento, tratando de huir para siempre de lo que había ocurrido. Al final de todo, el coronel lo había llamado para que le diera un tiro a la prisionera llamada Delia. Pero él se había negado. La había llevado hasta el borde del cerro y la había dejado abandonada en el camino.

—Si quiere, no entre con ella a la covacha —le había dicho el coronel—. Pero organice eso. Queremos que la tropa se sienta bien. Es un estímulo.

Violar a una chiquilla que habían encontrado la noche anterior en una casa de Huanta era un estímulo. Muy bien, mi coronel. Muy bien. Como usted diga, mi coronel. Era una voz que había repetido esa orden muchas veces. Las voces del diálogo previo lo asaltaban con frecuencia en las calles.

—Pero ¿cómo va a hacer eso, mi coronel? ¿Por qué me pide hacer eso?

—No me discuta, capitán. No me discuta, carajo. Le estoy diciendo lo que tiene que hacer. Ahora tengo que salir a una patrulla, así que haga lo que le digo.

—No puedo, mi coronel. Además, mire, de verdad. Con esto nos vamos a enemistar con la gente de por aquí, mi coronel. Con toda la gente de estas tierras. Mire. No pienso obedecerlo, mi coronel, disculpe. Violar a una mujer, mi coronel. Que los soldados la violen. No puedo pensar en nada peor. Ya sé que algunos son unas bestias, pero...

El coronel lo miraba con unos ojos incendiados de hogueras.

—Mire, capitán, y escúcheme bien. Si no me obedece, entonces lo denuncio por colaborar con los terroristas y lo mando al calabozo. Y después lo despacho a Lima para que allá

se encarguen de usted. Ya sabe lo que pasa con los traidores, capitán. Así que no se meta conmigo, ya sabe.

El coronel lo observó. Estaba sentado. Sus galones relucían.

—Y ahora váyase y haga lo que le digo.

Sentado en la cantina, Arturo podía ver esa mirada otra vez. Los ojos duros, extendidos, fijándolo en el lugar donde estaba. Y ahora váyase y haga lo que le digo. A la orden, mi coronel.

* * *

Pocas semanas después de ese día, habían capturado a Abimael Guzmán y el terrorismo había empezado a desmembrarse. Los soldados habían ido regresando a Lima. Sin su líder, las fuerzas de Sendero habían perdido toda la fe, lo que había resultado un beneficio para todos. Si el Ejército practicaba tantos abusos, las huestes de Sendero eran mucho peores. Desde el inicio los comandos senderistas habían perdido la razón ejecutando a sus víctimas. El capitán lo sabía, pero eso no disminuía su remordimiento. Y esa chica era totalmente inocente, una víctima de las circunstancias. Un destacamento había entrado a una casa, por una falsa acusación. El jefe de familia había intentado defenderse y habían llevado al resto de su familia a un calabozo. Los soldados habían subido a Delia a un portatropas y la habían llevado al campamento.

Habían pasado cuatro años desde la disminución de las hostilidades en Ayacucho. El área estaba casi pacificada. Pero la guerra iba a durar un tiempo más.

La voz del coronel seguía hablando, pero sus ojos habían desaparecido detrás de la enfermedad del olvido. Después de la guerra, de vuelta a Lima, un día el coronel había amanecido con una nube en la mirada. Poco después, el médico había diagnosticado que tenía algo que se llamaba Alzheimer. Era la pérdida de la memoria, de la conciencia, de sí mismo. Había huido de quien era. Quizá había sido su elección. Una barrera que había caído entre él y su mente, y podía verse en sus ojos. Era un muñeco grande que se mueve.

Las últimas veces que Arturo había estado con él en su casa, el coronel ya aparecía muy lejos. Miraba a todos como desde la nada, en un estado que, según le dijo alguien, era de una forma de demencia. Así lo había visto, durante esas últimas visitas.

Pero cuando había vuelto de la guerra, nada hacía presagiar su estado. Los primeros días lo había visto más bien animado y casi optimista. Después de volver de Ayacucho, Arturo no había ido a visitar al coronel por cariño, respeto o admiración. El odio, el desprecio y la venganza habían sido las verdaderas razones por las que sentía ganas de estar con él. Iba a verlo con la esperanza de asistir a su deterioro, quizá a su destrucción. Sus expectativas resultaron fundadas. Ser testigo de su larga caída en la enfermedad era una circunstancia que debía aprovechar.

Al comienzo lo había visto con Chacho y Guayo, jugando a las cartas en su casa. Algunas veces apostaban dinero. El coronel siempre ganaba. Hasta que ocurrió lo del Alzheimer. Poco a poco, lo había visto hundirse en la enfermedad del olvido que le extraviaba los ojos, moderaba sus movimientos, paralizaba sus piernas en el borde del sofá. Son las consecuencias de la guerra, le dijo su mujer, la señora Rosa. Está así por lo que le pasó en la guerra. Ay, Dios mío. ¿Pero lo ha visto un médico?, le había preguntado una vez. Sí, sí lo había visto.

Arturo pidió dos cervezas. Se las tomó. La imagen del coronel sentado en su casa era demasiado tentadora.

Regresó a su casa. Caminaba por el silencio. La llovizna apenas le tocaba las mejillas. Se derrumbó sobre la cama y se quedó mirando el techo hasta que todo se acabó por ese día.

* * *

La mañana siguiente se despertó temprano. Dio un salto. Una vez dentro de la ducha llegó a una conclusión. Había un motivo por el que debía ver al coronel. Tenía que contarle lo que había ocurrido. Había encontrado a la chica a la que él había ordenado violar esa tarde. Sí. Aunque no lo entendiera. Era su deber, después de todo. Reportar las incidencias del día. ¿No tenía que enterarse, jefe?

Tenía que hacerlo.

Durante esa jornada vio subir a los personajes más extraños al auto. Eran todos pasajeros de otro planeta, con grandes colmillos y mejillas abultadas de perros. Al anochecer, recordó algo más. Era motivo suficiente para ir.

* * *

La mañana siguiente cogió el teléfono apenas pudo. Tenía el número de la casa.

—¿Cómo está el coronel? —le dijo a la señora Rosa.

—Allí está. Igual.

—Quiero ir a visitarlo. ¿Cuándo es el mejor momento?

Hubo una pausa.

—Véngase después de almuerzo, Arturo. Está tranquilo a esa hora.

A las tres Arturo manejó hasta la dirección en Pueblo Libre. La fachada de ladrillos rojos, con rejas y geranios rosados. Había llevado una mochila, la que usaba cuando era capitán en Ayacucho.

Le abrió la puerta la señora Rosa.

—Capitán Arturo. Qué bueno. Gracias por venir.

—¿Cómo está?

—Bueno, como siempre. No dice nada. El doctor dice que va a quedarse así.

—Bueno, es la enfermedad.

—Sí. Es la enfermedad. No tiene remedio, así dicen.

—Una pena, señora Rosa.

—Lo peor es que con la pensión no nos alcanza. Bueno, ya veremos lo que hacemos, Dios mío.

Pero sí le hubiera podido alcanzar, pensó Arturo mientras cruzaba el patio de macetas colgantes y caminaba en dirección a la sala. Sí le hubiera podido alcanzar.

Porque él sabía del dinero escondido de su antiguo jefe. Eso había ocurrido antes de los olvidos del Alzheimer, por supuesto.

Un tiempo antes, una noche en la que estaban jugando a las cartas con Chacho y Guayo, el coronel había ganado un buen dinero. Había recogido el fajo de billetes de la mesa, había salido del cuarto y en ese momento Arturo se había levantado para ir al baño. Había visto al coronel junto a su escritorio. Estaba poniendo el dinero dentro de un libro. Era un libro de lomo verde. Era el que estaba en el extremo del estante. Lo había visto bien.

Era su tesoro enterrado y Arturo estaba seguro de que nadie más conocía el escondite. El coronel guardaba su dinero allí. Ni siquiera la señora Rosa lo sabía, seguramente.

Ella lo hizo pasar a la sala. Allí estaba el rostro del coronel. Paralizado, con una perdida expresión de asombro. Muy lejos del hombre que daba órdenes bajo un cielo inmaculado.

—Los dejo solos —dijo la señora.

Arturo la vio salir.

—Buenos días, coronel. Vengo a decirle algo.

El coronel parecía observarlo. Miraba hacia él, pero tenía los ojos muertos.

—Me encontré con la chica que usted mandó violar. Delia se llamaba. Fue la violación que yo organicé bajo sus órdenes, mi coronel. ¿Se acuerda? Delia, ya le digo. Le hicimos creer que si se dejaba, iba a ver a sus padres.

El rostro parecía haberse encogido. Hizo el gesto de un perro que de pronto huele algo, desvía la mirada y se concentra en un punto distante. Luego volvió hacia él, con una mirada curiosa.

—Así que allí está ella. La encontré de casualidad. Pero ahora yo le digo algo. Tenemos que pagar, mi coronel.

Su jefe lo miraba con el rostro extraviado.

—Pero primero le cuento, mi coronel. Fui a hablar con ella. Tiene una peluquería. Pero me botó de su lugar. Claro que tenía que botarme. Y los dos tenemos la culpa, usted ya sabe eso. Solo quiero decirle una vez más. ¿Se acuerda de esa tarde? Yo me acuerdo muy bien, coronel.

El coronel volteó hacia la ventana que daba al jardín. Un pájaro azul se había posado en una rama.

—Présteme atención, coronel. Es una orden.

La cabeza se movió de un lado a otro. Luego se quedó fija en él, otra vez.

—Yo no lo olvido, como le digo. Usted felizmente que está así, como está. Usted escapó. Felizmente para usted. Usted escapó. Pero yo no. Y ella tampoco. Nosotros no pudimos escapar. Yo soy un desgraciado, un desgraciado, eso es lo que soy. Mucho peor que eso. Mucho peor. No sé cómo llamarme. Pero hay que hacer algo. Esto no puede quedar así. No puede quedar así. Por eso es que usted tiene que darnos algo. Yo sé dónde guarda usted el dinero. Yo lo vi una noche, hace años, cuando estuve aquí. Yo sé dónde está. Y le apuesto que su mujer no sabe que la plata está allí. Así que quiero que sepa lo que voy a hacer, mi coronel. Porque usted y yo tenemos que pagar, se lo digo, de verdad. Pero quiero que usted lo sepa. Y que me vea.

Arturo se quedo en silencio. El coronel pareció iniciar una breve sonrisa. Luego se quedó en un estado de inmovilidad. Por un momento, Arturo pensó que se había muerto. Hasta que lo vio mover un dedo.

Arturo se puso de pie.

—Así que con su permiso, coronel. Le voy a llevar un alguito a ella.

Se acercó al estante. El rostro del coronel de pronto se quedó fijo. Lo estaba mirando. Arturo tomó el libro de lomo verde y volteó a mirarlo también. El coronel endureció la cara. Desde la enfermedad en la que flotaba, parecía extrañado y a la vez furioso y por momentos divertido de ver lo que él estaba haciendo. Le estaba robando sus «ahorros», los que él había escondido para siempre.

Arturo abrió el libro y se encontró unos sobres de manila. Dentro estaban los fajos de billetes. Todos eran de cien soles. Puso la mayor parte en la mochila. Le tomó un tiempo, mientras miraba hacia la puerta. Al final, dejó algunos, no sabía por qué.

—Adiós, mi coronel —dijo, poniéndose la mano en la sien, con displicencia.

El coronel lo siguió con la mirada.

En la sala se encontró con la señora Rosa.

—¿Cómo lo ve? —le dijo ella.

—Yo lo veo mucho mejor. De verdad. Ya regresaré con Chacho y Guayo un día.

La señora Gladys lo acompañó a la puerta.

—Las visitas de ustedes le hacen mucho bien. Saludos a los señores Chacho y Guayo.

Arturo salió a la calle, se subió lentamente al auto y arrancó. Al doblar la esquina sacó los sobres. A primera vista, eran varios miles de soles.

Manejó en la procesión del tráfico.

Llegó a su cuarto, sacó la mochila y puso el dinero sobre la cama en montoncitos de billetes de cien. Hizo veinte promontorios de dinero. Tenía veinte mil soles. Era lo que el coronel había ahorrado, probablemente como producto de un robo de los fondos de la Caja de Pensiones que él había dirigido un tiempo al volver de Ayacucho. Algún dinero adicional habría venido del juego con sus amigos.

Recogió los billetes y los puso en los sobres. Luego los metió en la mochila y la guardó en un cajón.

Salió a la calle. Se contuvo. Todavía tenía tiempo de buscar algunos pasajeros. Pero era mejor ir a su casa y proteger el botín. Era el dinero de ella.

III

Esa noche el capitán Arturo se quedó dormido temprano. En la duermevela, sintió que el cuerpo le temblaba. Una mano que surgía debajo del piso se posaba en su frente.

Cuando se despertó, era medianoche. A pesar del frío, había sudado. La cama estaba húmeda y se preguntó cómo era posible que hubiera salido tanto líquido de su piel. Tenía la camisa negra por el sudor.

Decidió salir a caminar. Era muy tarde para llevarle el dinero a Delia, pero no quería dejarlo en el cuarto. Alguien podía entrar a robar.

Abrió la puerta de la calle con la mochila en la mano. La calle estaba vacía, iluminada por la humedad del asfalto. Unos postes sombríos despedían una luz sucia. Las gotas gravitaban hacia los costados. Le pareció de pronto que todo era tan irreal. No sabía cómo era posible que estuviera pisando tierra firme.

Arturo se detuvo en una esquina.

De pronto todo le pareció claro. La aparición de Delia, el hecho de que estuviera en esa peluquería con su hija, era una declaración de la Providencia.

Al terminar la guerra, cuando Arturo había vuelto a Lima, lo estaban esperando en las puertas del cuartel Gladys y su pequeña Carolina. Se habían abrazado, habían ido juntos a la casa. Gracias a Dios que estás vivo, mi amor, le había dicho Gladys. Carolina se aferraba a su rodilla.

Al llegar a la casa, todo estaba muy bien dispuesto, tal como él lo había dejado. Su ropa estaba planchada y doblada en el cajón. Su colección de autos estaba desplegada en la mesa. Su cama estaba tendida, con lugar para los dos, esperándolo.

Esa noche de su llegada había comido con ellas. Recordaba bien los platos. Era una crema de zapallo y un guiso de carne. De postre, unos turrones. Una jarra de chicha. Él había regresado de la guerra. Estaban tan felices de que estuviera vivo, de estar todos juntos otra vez. Al final habían sacado un poco de cerveza. Habían brindado juntos. Habían visto televisión y él había acostado a Carolina mientras le cantaba algo.

La noche siguiente, sin embargo, todo había cambiado. Un día después de haber llegado de Ayacucho, él estaba al pie de su esposa y de su hija, en una sala de velorio. Todo había ocurrido muy rápido. Ese mismo día las dos habían muerto en un accidente en la avenida Petit Thouars.

Gladys estaba cruzando la calle, llevando a Carolina al colegio. La sostenía con una mano: se habían bajado del microbús, un ómnibus que lo seguía se había desviado y había invadido la vereda, ellas lo habían visto cuando estaba golpeándolas y era lo último que habían visto en sus vidas. El auto había arrollado a las dos. El chofer se había dado a la fuga.

Arturo se había enterado en su casa. Un guardia lo había llamado de la comisaría de Miraflores.

Luego él había llegado a la morgue, las había reconocido, había esperado de pie en el velorio y había acompañado los cuerpos al cementerio.

Arturo había recibido la visita de algunos amigos a los que no veía en muchos años. Había visto también a sus hermanos. A todos les había dicho lo mismo. Esto ha pasado por lo que yo hice en Ayacucho. No es un accidente. Es el cobro de una deuda de vida. Yo permití que se hicieran cosas terribles por allá. Así fue. Tengo que aceptarlo. Ahora yo estoy pagando.

Al día siguiente del entierro, decidió dejar de ver a sus antiguos amigos y a sus familiares, por un tiempo al menos. Llamó por teléfono al coronel.

—Llegó el momento de pagar, mi coronel. Usted me obligó pero yo acepté, así que yo también tengo la culpa. Pero usted también, no se crea.

—No hable así, capitán. Y lo siento mucho. No crea que soy de piedra tampoco.

—Pero así ha sido, coronel. Mi mujer y mi hija están muertas y yo sé por qué.

Sintió una pausa al otro lado del teléfono.

—En todo caso, mis condolencias, capitán. Mis más sentidas, de verdad.

Un poco después, cuando fue a ver al coronel a su casa, lo escuchó hacer sus planes para la jubilación. Había hecho matar a alguna gente en Ayacucho, había torturado y había mandado violar a gente. Y ahora se preparaba para su jubilación. Estaba dirigiendo la Caja de Pensiones Militar Policial. Muy bien, señor. Una vida ejemplar la suya y una jubilación muy merecida, mi coronel.

—Voy a irme de viaje. Muy lejos. Donde nadie me encuentre. Entonces...

En ese momento, el coronel se quedó mirando el vacío. «Entonces», agregó, y de pronto se hizo un largo silencio.

—Está empezando con esos silencios —le dijo la señora Rosa, mientras se despedían—. No sé qué le pasa. Estoy un poco preocupada.

Ese día, al salir de casa del coronel, pensó que su jefe ya sabía lo que le iba a ocurrir. Se había ido de viaje, por supuesto, y no pensaba regresar.

* * *

En ese momento, apenas vuelto de Ayacucho, viudo y sin hijos, Arturo tenía cuarenta años y no sabía qué hacer. No se imaginaba en el Ejército otra vez. No tenía ninguna habilidad para trabajar en una oficina. En sus condiciones, le parecía indigno y ridículo hacer de vigilante o de policía. Lo único que quería era moverse, no pensar, olvidarse. Pensó que, para lograrlo, lo mejor sería conseguirse un auto y hacer taxi. Quizá de ese modo podría encontrar al chofer que había matado a su mujer y a su hija, aun sin conocerlo. Era un modo de estar tranquilo.

Vendió la casa para evitar los recuerdos y con parte del dinero se compró un Toyota. Con el resto consiguió un apartamento en Lince, cerca de la plaza y de la iglesia. Se llevó consigo toda la ropa que su esposa le había lavado y planchado para recibirlo. En ese momento, eran sus prendas sagradas.

Había empezado a salir en el taxi, a dar vueltas. Era lo que más quería hacer, circular, ver gente, atontarse hasta el final. Pero en ese momento comprendía que dar vueltas era un encargo que le habían dejado Gladys y Carolina. Era un encargo porque sin saberlo había estado buscando a esa mujer, a Delia. Y la había encontrado. Había encontrado a Delia con esa niña en la peluquería, una réplica de la esposa y la hija que se le habían ido. Ellas sí habían sobrevivido. Habían vuelto. Estaban

allí, muy cerca. Y ahora podía hacer algo para completar esa historia. Aún cuando ella lo rechazaba.

Era una segunda oportunidad que le daba la Providencia. Gladys y Carolina. Delia y esa niña que se llamaba Viviana.

Iba a ayudar a Delia. Iba a llevar el dinero, iba a ofrecerse para ayudarla en lo que pudiera. Iba a tener que recordar menos esa tarde, en la que había obedecido a su maldito jefe. Así Gladys y Carolina estarían mejor tratadas en el cielo. Y él también.

* * *

Los recuerdos se despejaron con la humedad en la frente.

Pasó junto a la cantina. De pronto oyó una voz. Era conocida. La voz de Guayo. Lo estaba llamando desde dentro. Estaba allí con Chacho.

Entró al local. Sus amigos estaban cerca de la puerta y lo recibieron con un palmoteo en el hombro.

Arturo se sentó y llenó el vaso. Lo terminó de un sorbo. Luego llenó otro vaso. Entró en un estado de sopor. Oía las voces de Chacho y de Guayo. Estaban hablando de lo que habían hecho ese día, cargar bultos en una empresa de construcción, puta que tenemos un jefe que es una buena mierda, nos hace cargar todo el día, el cabrón de mierda.

—Una ronda de cervezas bien al polo —dijo Guayo al mesero—. Pero bien frías, compadre. Que haya un pingüino adentro.

Arturo escuchaba sus voces, pero no las de ese momento sino la de unos años antes, cuando habían estado juntos en el cuartel. Ahora estamos jodidos. Cuando estábamos allá, bueno, era una mierda pelear la guerra, pero no nos aburríamos, eso sí, porque teníamos nuestros ratos buenos, compadre. No faltaba más.

Te acuerdas ese día que trajimos a varias chicas de los pueblos cercanos. Te acuerdas.

Las voces se fueron aclarando.

—A mí me encantaría volver allá —dijo Chacho—. Para tirarme a las indiecitas. Eso me encantaría.

Arturo estaba sentado junto a ellos. De pronto la frase se instaló en el centro del aire que los separaba. A mí me encantaría volver allá. Para tirarme a las indiecitas. Era lo que había que hacer.

—Es lo mejor. Para el frío —decía el Guayo—. No hay nada mejor para el frío que una buena culeada, oye.

En ese momento algo empezó a sonar. Eran los golpes despiadados de un reggaetón. Alguien había prendido la radio del local.

Arturo se dio cuenta de que acababan de traer una nueva ronda de botellas. Tenía una cerveza frente a él. La mochila con el dinero estaba allí. ¿Por qué había sacado el dinero de su casa? ¿Por qué había entrado a esa cantina, con ellos? Pensó que lo había hecho por inercia. O para proteger el dinero de Delia. O para embrutecerse con ellos. Chacho y Guayo le habían pedido que entrara y él lo había hecho. Era el mundo en el que alguien daba órdenes y alguien obedecía. Miró hacia abajo. La mochila con el dinero. Tenía que cuidarla.

—Vamos a brindar por los buenos tiempos —dijo Chacho.

—¿Qué buenos tiempos son esos?

—Bueno, la guerra era una mierda. Pero ya te digo, tenía sus cosas buenas. Eran los tiempos que podíamos tirarnos a esas indiecitas.

Lo que Chacho acababa de decir había abierto un vacío por el que iba cayendo. El reggaetón golpeaba el aire.

—¿Qué has dicho, huevón? ¿Qué has dicho? —dijo Arturo.

—Tirarnos a esas indiecitas. Eso fue lo que más me gustó de la guerra, huevón.

Entonces Arturo sintió un estallido en el pecho. Se puso de pie. Cogió una botella y la rompió en la mesa.

—Esas indiecitas eran personas, huevón —gritó—. Eran gente.

Chacho y Guayo voltearon.

—¿Pero qué te pasa? —dijo Chacho.

—Eran como tú y como yo. Una de ellas podía haber sido tu hermana, huevón. ¿Me entiendes, concha tu madre?

Al comienzo, nadie le contestó. El reggaetón seguía su curso al fondo. Algunas cabezas de las mesas de al lado voltearon.

—Puta, cálmate, huevón —dijo Guayo—. No te pongas así, carajo.

Chacho se paró.

—Ya siéntate, oye. Chupa y no jodas —le dijo.

Arturo dejó a un lado la botella. Lo miró y le dio un puñetazo en la cara. Sintió la quemazón en los nudillos, pero apenas se movió.

Lo vio derrumbarse delante de él.

Guayo se acercó.

—Puta, qué te pasa, huevón.

—Qué te pasa a ti.

La cara de Chacho se movía de un lado a otro, cubierta de rojo. Estaba tirado de espaldas en el piso, tratando de pararse. Gritaba a ciegas, un insulto tras otro, ahogado por el sumidero de sangre. El reggaetón seguía sonando y las cabezas de las otras mesas despedían algunas carcajadas.

Guayo se acercó a él.

—Puta, ya te jodiste, huevón —dijo—. Fuera de acá, Arturo. Fuera. Vete, huevón.

Al salir, Arturo escuchó la voz de Chacho.

—Eres carne muerta, carajo. Te voy a encontrar. Vas a ver, huevón.

En la calle, Arturo advirtió que no tenía su mochila. Cuando regresó corriendo, la encontró en el piso. La recogió. Muy cerca, Guayo le alzaba la nariz a Chacho.

Arturo entró al auto. No debía manejar en ese estado. Arrancó, manejó dando curvas, llegó a la esquina. Sintió que se caía sobre el timón.

Al despertarse, estaba cuadrado cerca del malecón de Miraflores. Vio la mochila a su lado. Amanecía. Quizá ella estaba viendo ese mismo océano en ese instante.

Debía buscar a Delia. Entregarle el dinero.

Se detuvo. Tenía que pensar un momento en Gladys y en Carolina. Pensar en ellas en el cielo.

IV

El cielo era el lugar donde estaban sus padres, y Delia se pasó toda esa noche rezándoles. Los imaginaba allí arriba, saludándola con las dos manos, mandándole bendiciones. Ella podía oírlos. También rezó a sus hermanos. Y a las mujeres que había conocido y que seguían bendiciendo esta tierra. A Gloria, a Mamá Angélica, a Georgina Gamboa. A todos les pidió que la ayudaran.

Al amanecer, pensó en comprar una pistola por si ese hombre volvía. No sabía dónde, pero pensaba que si iba al mercado y preguntaba por allí, alguien le diría dónde. Solo quería tener algo con qué defenderse.

Fue al mercado y cuando vio la cara de John, el verdulero, se dio cuenta de que nadie allí iba a decirle dónde encontrar lo que buscaba. Dio vueltas por los corredores. Se detuvo frente al carnicero que cortaba una lonja larga, cubierta de sebo.

Regresó a su casa. Había vivido allí durante cuatro años. Había pensado que en su peluquería iba a encontrar todo lo que necesitaba. Había intentado huir. Pero no había podido. El hombre la había encontrado. Sabía dónde vivía.

Tenía que tomar una decisión.

Abrió el cajón, movió las medias y encontró la caja con el pequeño cerrojo. Allí estaban sus ahorros, dentro de una cajita cubierta de telas.

Se subió al ómnibus. Llegó al final del Zanjón. Se bajó y empezó a caminar hacia las estaciones de buses a provincias. Estaba en una calle cubierta de mugre, con la pista cruzada de grietas. En uno de los locales, vio una cola. Se puso al final. De pronto la ventanilla se cerró y alguien puso un letrero. No hay pasajes. Se acercaban las Fiestas Patrias y era lo normal.

Fue a dos empresas más. De pronto en una de las terminales, una mujer de polo sucio se le acercó.

—Hola —le dijo.

—¿Qué?

—Vendo pasajes también. ¿Adónde va?

—A Ayacucho.

La mujer se frotó un grano negro en un costado de la boca.

—Tengo dos pasajes para el lunes, por la mañana. Pero a otro precio. Tienes que pagar más, mamita.

—¿Quién eres?

—Me llamo Zuleima. Trabajo aquí. Soy de confianza, pues. Si quieres, te acompaño a la ventanilla para que te digan.

Delia abrió su cartera.

—Démelos —le dijo.

* * *

Un poco después, fue a tocar la puerta de la señora Liz.

Ella le abrió.

—Pero, hijita. ¿Qué pasa? Qué cara tienes.

Delia entró a la casa.

—Ha pasado algo, señora Liz. Un hombre vino a la casa.

—¿Quién?

—Es uno de los soldados. Uno de los de la guerra. El oficial. Es el mismo que estaba allí, el que dirigía todo.

—Ay, Dios Santo.

—Tengo que irme, señora Liz. Tengo que regresarme a mi tierra. No puedo estar aquí. Ya se acabó. Ay, me voy con Viviana este lunes. Acabo de comprar los últimos dos pasajes que quedaban.

—¿Pero por qué?

—Fui a varias empresas y no había nada libre, por las Fiestas Patrias. Pero encontré los últimos cupos. Así que me voy de aquí. Pero quiero pedirle algo.

La señora Liz tenía unos ojos hondos y negros.

—¿En qué te puedo ayudar, Delia?

—Que la peluquería siga trabajando, señora Liz. Tiene el permiso municipal, autorización del ministerio y todo. Quédese con el local y que siga siendo un lugar donde viene la gente. Es suyo. Ya conoce el negocio muy bien usted. Yo no puedo seguir aquí.

—¿Pero no podemos hacer algo?

—No. Él ya sabe dónde estoy. Puede venir con otros hombres.

—¿Pero qué te dijo?

—Me dijo que lo perdonara o algo. Pero no lo puedo creer. Eso es solo para engañarme otra vez.

La señora Liz se llevó una mano a la cabeza.

—¿Y qué hiciste cuando te dijo eso?

—Lo boté. Le dije que se fuera. Cerré la puerta. Y me quedé privada, y luego me fui al morro, y estuve corriendo, casi toda la noche. Me quedé allí casi hasta que amaneció. Pensé en matarme. Pero no lo hice por Viviana. Y además por mis buenos recuerdos. Porque tengo también buenos recuerdos de mi infancia. Pensé en eso, en lo que había sido mi vida antes. Y en Viviana, por supuesto.

—Delia, por favor. Toma algo. Te voy a traer algo.

La señora Liz trajo una pastilla con un vaso de agua. El líquido le temblaba.

—Tengo que estar despierta. ¿Esto no me va a tumbar, señora Liz?

—No, hijita. No te preocupes.

Delia sintió el pequeño bulto en la garganta.

—Tengo que volver a prepararle su comida a Viviana. Voy a cerrar la puerta, señora Liz. Si quiere, llámeme. Tengo mucho miedo.

—¿Pero por qué te tienes que ir? Juntas podemos hacer algo contra ese hombre. Podemos denunciarlo o algo.

—¿Ante quién lo va a denunciar, señora Liz? ¿Ante sus mismos amigos para que todos sepan? Tengo que irme.

Hubo un largo silencio. La señora Liz estaba junto a la ventana. La miraba con resignación.

—Bueno, voy a extrañarte.

—Y yo a usted, señora Liz. Pero nos mantendremos en contacto. Yo la voy a llamar. Ya vamos a hablar, va a ver.

La señora Liz se frotó las manos en el mandil.

—Bueno, pero nos vemos el domingo, Delia. Vamos a misa de seis.

—¿A misa de seis?

—Sí, y después hay una fiestecita en la comunidad pastoral, ¿no te acuerdas que te dije? Primero vamos a misa y después nos quedamos a la reunión.

Delia asintió.

* * *

Pasó el sábado y el domingo atendiendo a las clientes y en sus ratos libres, haciendo las maletas y limpiando los dos cuartos. Debía dejar el local tan limpio como lo había encontrado. Escribió en un papel todos los encargos que le dejaría a la señora Liz. Hizo un inventario de los implementos nuevos y de los anteriores. Había comprado tijeras, una secadora y un espejo. Se lo dejaría todo. La peluquería estaba haciendo algunos progresos. La señora Liz sabía cortar el pelo muy bien y podía manejar los implementos. Ella sabría continuar con el negocio. Las clientas antiguas ya la conocían y las nuevas no tardarían en quererla. Por su lado, Delia tenía sus ahorros.

Con eso podría ser suficiente al comienzo, cuando llegara. Pensó en llamar a sus tíos, pero tuvo miedo de que la disuadieran. Iba a llegar a tocarles la puerta, con Viviana.

—Pero yo te mando tu parte a Huanta o a donde estés —oyó decir a la señora Liz—. Tú has invertido tu trabajo y tu tiempo en esto. No te olvides de llamarme y de darme tus datos.

—No me corresponde nada, señora Liz. Todo es suyo. Ya tengo algunos ahorritos también.

—Pero tú has ganado clientas, pues, Delita. Si siguen viniendo, será por ti... Así que de todos modos te mando tu parte. Hablamos el domingo en la reunión, si quieres.

Delia debía pensar en lo que le diría a las profesoras del nido de Viviana. Iba a llevársela. No iba a darles una explicación. Podría llamarlas desde allá. Ya vería lo que podía hacer para trasladarla. En Huanta había una Unidad de Gestión Educativa del ministerio. Seguramente también podía ir a un nido en la ciudad. Allí también estaba la parroquia de San Pedro. A lo mejor los padres de allí la podían ayudar.

* * *

El domingo, a las cinco y media de la tarde, Delia ya se había vestido para ir a la iglesia. A su lado estaba Viviana con su traje blanco. Sería la última vez en la iglesia de Los Doce Apóstoles, en Los Laureles, donde tantas veces había ido. Luego iría a la reunión en la comunidad pastoral, cerca de su casa.

Delia escuchó la misa con la cabeza agachada. De vez en cuando tocaba la mano de Viviana. Había un grupo de personas que tocaba la guitarra. Santo, santo, santo es el Señor.

En la misma banca en la que estaba ella, vio a un hombre esbelto, ligeramente inclinado. Tenía un saco limpio y unos mechones disciplinados alrededor de la calva benéfica. Era su amigo, Enrique.

Al final de la misa, el padre Esteban se acercó a ellas.

—¿Qué les pareció el pasaje del Nuevo Testamento? Santo Tomás habla del perdón, como pocos.

—No vamos a olvidar el setenta veces siete, padre.

—El perdón es lo más difícil y, sin embargo, uno no puede seguir viviendo sin perdonar a otros y a uno mismo. Vivir es perdonar para poder seguir viviendo. No solo es un acto de generosidad. También de supervivencia.

—Gracias por todo, padre.

Delia sonrió. Luego caminó con la señora Liz y con otros a la comunidad pastoral. Era una fiesta de despedida, aunque solo ella y la señora Liz lo supieran.

—Vamos —dijo Liz.

* * *

Delia entró al salón pensando que era el momento de despedirse de todos sin decirles que se iba. Allí estaban sus vecinos y amigos. Se los había encontrado en el mercado y en las calles, en la bodega, en la misa, en su peluquería. Habían estado tantas veces juntos. Sentía un nudo en el corazón de pensar que iba a dejarlos. Los iba enumerando.

Allí estaba Pepe, el acólito que ayudaba al padre Esteban. Y también las señoras Rina y Rebeca, dos solteras mayores que iban a misa todos los días. Y la señora Liz, por supuesto. Y la Marlene que a veces la llamaba para ir al cine. Y Enrique, que tocaba la guitarra y organizaba los coros de la iglesia y que paseaba por el barrio con su bicicleta.

Enrique tenía bigotes pequeños, un cuello de cisne y la piel manchada por el uso. Había perdido la mayor parte del pelo a una edad prematura, lo que le daba un aire más venerable del necesario. Su rostro tenía facciones cautelosas, hechas para sonreír con facilidad aunque sin llegar a extremos. Tenía un

rostro entrenado para agradar, aunque también para ocultarse. Usaba sacos viejos pero siempre limpios y tenía modales amaestrados en el arte de la cortesía mesurada.

Desde su salida de una empresa de seguros, Enrique trabajaba de vez en cuando como voluntario en el Colegio del Niño Jesús de Praga. Estaba armando la biblioteca escolar con los libros que algunos vecinos desechaban. Iba de casa en casa pidiendo ejemplares, los ponía en una bolsa y los llevaba al colegio atados en un paquetito sobre el manubrio de su bicicleta. El director ya le había dado dinero para comprar las mesas y algunos estantes. Él mismo podría ser el bibliotecario. Conforme llegaban los libros, los iba clasificando. Allí estaban las *Tradiciones* de Palma, *Los cronistas del Perú* de Raúl Porras y los ensayos de Sebastián Salazar Bondy. Otros muchos autores que él había leído y adorado en su momento iban apareciendo en las cajas. Su bicicleta era un aparato negro y oxidado, que con él parecía siempre fuerte y ligero.

La señora Liz lo había comentado. Así sea montado en su bici, don Enrique se ve siempre como un señor. Él monta la bici como antes los señores montaban sus caballos de raza.

Ese día, en los salones de la parroquia, la mesa estaba llena de butifarras, empanadas, alfajores, trozos de turrón. Había una jarra de chicha y otra de limonada. Se habían formado algunos grupos de charla. Todos los asistentes tenían una sonrisa.

Mientras se servía algo de la chicha, Delia conversó con la señora Rina, quien le contaba de su nueva afición por la música de rock, algo que nunca había pensado escuchar.

—Hablando de música —dijo el padre Esteban, acercándose—, en un ratito el señor Enrique nos va a cantar unas canciones.

—Pero no creo que el señor Enrique cante mucho rock —sonrió la señora Rina.

Durante el tiempo que estuvo allí, Delia conversó con todos los asistentes, pero a ninguno le dijo que al día siguiente iba a regresar a Huanta. No quería dar explicaciones. Siempre le había ido mejor ocultando lo que sentía.

Había pasado una hora y media. La mesa estaba poblada de vasos vacíos. Las fuentes de butifarras y empanaditas estaban llenas de restos de masa y trozos de lechuga. Había una sensación de placidez en los rostros.

—Bueno, atención a todos. Ahora vamos a escuchar a don Enrique —dijo el padre.

El señor Enrique estaba sentado en una silla, con una guitarra.

Delia se sentó cerca de él. Algunas veces Enrique había pasado por su peluquería para dejarle dos chocolates: uno para ella y otro para Viviana, le aclaraba siempre. Lo decía con una voz tranquila. Un chocolate para cada una.

* * *

Para Delia, la verdad, el señor Enrique había sido una presencia constante y cariñosa, una de las figuras amables que la habían recibido al mudarse allí. Pero Delia nunca había tenido la menor idea de lo que pasaba por la cabeza del hombre que empezaba a cantar en ese momento.

El señor Enrique Arias, que sostenía la guitarra como quien frota un talismán del que depende su vida, cantaba entregándose cada sílaba con todo el esmero que podía. Había cantado muchas veces para ella en su habitación. Pero en ese momento, por primera vez, ella estaba allí, escuchándolo.

Mientras se concentraba en pronunciar esas palabras del modo más claro posible, acariciando el borde de cada sonido, Enrique se preguntó si Delia lo estaría mirando en ese momento o si estaría con la cabeza hacia otro lado, quizá conversando con alguien. Siguió cantando, sin atreverse a dirigir la vista hacia ella, tratando de entrar con toda su alma en las palabras. *En esta tarde triste yo te espero*, empezó con una voz sostenida y grave, *tú vendrás hacia mí con tu ternura*, y luego bajó a un tono más alto, la cabeza alzada en el aire, *yo te diré lo mucho que te quiero, oprimiendo tus manos con dulzura...*

Cuando terminó de tocar, cuando oyó los primeros aplausos, alzó la cara para verla, y se enfrentó, como si fuera la primera vez, a una sonrisa que por su tristeza, por sus deseos, por las emociones hasta entonces inexplicables que despertaba en él, era la primera que recibía de ella.

Claro que había visto esa sonrisa otras veces. La había visto en el barrio con frecuencia, a veces en la peluquería, pero sobre todo en la bodega donde a veces coincidían, la bodega de Luchita, donde él compraba su pan y sus fideos y sus manzanas, donde ella compraba su leche y sus paltas (la había visto sostenerlas y hablar de las que había en su tierra) y las galletas para la lonchera de Viviana, la bodega donde conversaban rápidamente y se despedían con un beso, siempre. Había visto esa sonrisa también en las noches en las que la imaginaba sentada junto a él en algún lugar, los dos solos, mirando el mar, un océano inmenso frente a los dos, en un balcón.

No querer molestar había sido una consigna en la vida de Enrique. *Perdone que le pregunte, espero que no sea una impertinencia, disculpe si me entrometo*, habían sido expresiones comunes en su conversación. Sus deseos de agradar, de ser considerado y apreciado por los demás, habían gobernado sus actos desde que había resultado ser el hijo predilecto de su madre, en una casa no demasiado lejos de donde vivía ahora. De joven, Enrique había querido estudiar Arte, pero había postulado a la Escuela de Contabilidad porque pensó que hacer los números de una empresa era un trabajo que iba a granjearle las simpatías y cierta autoridad en cualquier grupo. No se había equivocado. Había servido fielmente a una empresa

de seguros durante casi quince años. Unas semanas antes, lo habían despedido tras una reunión amable con el gerente, una palmada en el hombro, algunos vasos de espumante brindando por todo lo alto, y muchos beneficios, mire, usted no se va a quedar desamparado, le estamos muy agradecidos. Además, todavía es muy joven.

Enrique había tomado su despido con tranquilidad. Era casi natural. Otros contadores recién egresados que manejaban sistemas de facturación en Excel y SAP Business One (vaya expresión, parece la marca de un avión de lujo, había pensado Enrique) iban a llegar a las oficinas de la empresa, que ya había crecido demasiado. Él no estaba al día con los últimos programas especializados en el área, y no tenía la intención de ponerse a estudiar sistemas que llevaban nombres de aviones supersónicos tampoco.

Durante los años que había pasado en la empresa, Enrique había llegado a la oficina a la hora señalada, las nueve, aunque no tuviera ningún trabajo urgente que hacer. Había sido educado en la obligación de la puntualidad como buen hijo mayor de una familia de católicos observantes que llegaban a misa de nueve todos los domingos en la parroquia. La humildad, la modestia, la cortesía, el buen talante, habían sido virtudes teologales en su familia. Eran las mismas que había buscado en las mujeres que lo habían atraído. A lo largo de su vida, se había enamorado dos o tres veces. En ocasiones había invitado a algunas amigas al cine o a cenar. Pero nunca se había atrevido a proponerles una relación formal, menos aún matrimonio, a pesar de sus ocultas furiosas pasiones. A la hora de declararse ante ellas, siempre había elegido el camino del silencio y luego el de la huida, aunque sus entrañas estuvieran estallando de deseo por ellas. No podía ofenderlas, incomodarlas, hacerlas sentirse extrañas, con una confesión sentimental. Incluso prefería verlas irse con otros y más de una vez había asistido a matrimonios de chicas de las que había estado enamorado. En esas ocasiones, las saludaba con sinceridad y deseos de lo mejor.

Con frecuencia pasaba sus fines de semana solo, lavando la ropa y ordenando la casa, antes de leer o ver televisión. La vida se le había pasado haciendo trámites burocráticos o domésticos, dándole un método a su soledad. Para no confrontar sus urgencias amorosas se había dedicado con esmero al trabajo en la empresa. Algunas putas de emergencia habían cumplido su papel en las épocas más solitarias. Entre ellas la más frecuente había sido Zully, una morena de ojos de ensueño y pantalones ajustados de color granate. Zully siempre se sonreía de ver la venia tan educada con la que Enrique la recibía en su casa algunas tardes, antes de hacer el amor e invitarla a comer al restaurante de la plaza. A veces compartían un lomo y Zully alababa sus dotes de amante. Claro que no era para creérsela, aunque quién sabe.

Desde que Delia se había mudado a ese barrio, Enrique la había visto con un deslumbramiento que no podía entender del todo. Recordaba muy bien la primera vez que la vio llegando

con su hija a la bodega. Fue un cruce de miradas porque ambos entraban al local al mismo tiempo. Ese mismo día se presentó ante ella.

Mucho gusto. Enrique Arias, vivo acá muy cerca. Mucho gusto, señor.

Quizá la extraña melancolía que despedía su rostro, una cara rasgada por el pasado, el misterio del dolor que se infiltraba entre las facciones, lo había desconcertado. Enrique se sentía tan atraído por ese rostro que desde el primer día sintió que todas sus energías se dirigían hacia ella. Por eso la visitaba, le dejaba regalos, le preguntaba por el negocio. Había querido siempre que Delia pudiera prosperar en la peluquería, que su hija Viviana pudiera tener una buena educación. Algunas veces, con la única obsesión de sentir sus dedos en la cabeza, había ido a cortarse el pelo. Ella siempre lo atendía con cariño, una sonrisa llena de conversaciones y preguntas sobre cómo estaba. Bien, siempre estaba bien. Delia, en cambio, nunca le contestaba del todo cuando le preguntaba qué tal le había ido. No se había preguntado nunca por el padre de Viviana, por supuesto. Eso no se pregunta y tampoco debe ponerse a pensar mucho en el asunto. Nunca había sabido mucho de ella, solo que había llegado desde San Juan de Lurigancho y que era originalmente de Huanta. Sabía que había estado en la guerra de Sendero. Algo horrible le había pasado. Pero no sabía más.

Estaba acostumbrada a desearla, a quererla, a esperar que ella le contestara. Era lo habitual. Pero esa noche era distinta. Algo extraño y especial estaba ocurriendo en el rostro de Delia. Algo que él no había visto antes, unas facciones de terror apaciguado. Una luz surgía del fondo de la piel y le daba una nueva dirección a su mirada. Enrique sentía que el cuerpo de Delia se había afinado. Parecía más delgada y más distante, como si alguien venido de muy lejos la hubiera poseído. ¿Qué podía estarle pasando?

En ese instante, viendo la mirada perdida de Delia, sentía un impulso nuevo por acompañarla. Hasta entonces solo se había acercado a ella como un amigo al paso, con esperanzas ocultas. Pero esa noche, frente al dulce brillo en su piel, frente a las manos recogidas en su regazo como si hubieran renunciado a algo, le pareció que todo en ella proyectaba una extraña desolación. Debía hablar con ella, aunque no sabría qué decirle.

Algunas de estas sensaciones daban vueltas mientras empezaba con una segunda canción. Era «Bouquet». Felipe Pinglo Alva había tenido un ataque de felicidad y él quería contagiar al auditorio de ese festejo de jazmín de cabo y tulipán, también claveles rojos de ilusión. La canción era una de sus preferidas.

Luego de los nuevos aplausos, Enrique dejó la guitarra a un lado. Mientras veía aplaudir a Delia, sonrió y dijo algunas palabras de gratitud.

—Lindo —dijo el padre Esteban acercándose—. Es usted un consumado cantante, señor Enrique.

Enrique vio que Delia se acercaba con una sonrisa. Su corazón empezó a latir.

—No sabía que tocaras tan bien, Enrique. No me imaginaba.

Enrique la miró de frente. Vio sus ojos oscuros. Sí, Delia. No se imaginaba.

* * *

La reunión continuó. Algunos tomaban fotos. Un poco después, ella se acercó a despedirse.

—Adiós, Enrique.

Él volteó. Le dio un beso, acompañado de un roce de la mano en el hombro.

—Pero es un poco temprano todavía —le dijo, apartándose.

—Ya me tengo que ir.

Enrique miró hacia el vaso. Luego hacia ella.

—¿Vamos a dar una vuelta por el malecón? —dijo—. Un ratito nomás. Todavía es temprano.

Ella sonrió, movió la cabeza. Sonrió otra vez.

—No puedo ahora, Enrique. Tengo que acostar a Viviana.

—Pero yo me ocupo de Vivianita, Delia —le dijo la señora Liz, que estaba cerca.

—¿Puede?

La señora Viviana asintió.

Delia miró a Enrique. ¿Por qué no, después de todo? Podría ir a dar una vuelta con él por el malecón. Sería una despedida, al fin y al cabo. Era su última noche.

—Bueno. Si quieres, vamos, pues.

* * *

El aire estaba templado y Enrique pensó que por una vez el frío no era una amenaza.

Sintieron una brisa que en ese momento parecía una bendición que les llegaba para acariciarlos. Un ligero silbido cortaba el aire. Los carros pasaban a toda velocidad.

En los silencios que se formaban, Enrique sentía una necesidad de detenerse, de tomarla de los hombros y de abrazarla. Apenas se pudo contener.

Hicieron algunos comentarios sobre lo bien que había estado la reunión. Era gente tan simpática toda, claro. Caminaban juntos. Se acercaban al malecón Grau.

—Estás un poco desabrigada, Delia. ¿No quieres ir a la casa a recoger una chompa? —dijo, sintiéndose algo ridículo.

—Estoy acostumbrada al frío. No te preocupes. Crecí en medio del frío, pues.

Pasaron por la estatua de Miguel Grau, que parecía vigilarlos. Enrique sintió que el héroe lo miraba, como dándole ánimos. Vamos, amigo. Anímate, parecía decirle.

Cruzaron la pista esquivando los autos, lo que los hizo sonreír. En algún momento, cuando vio que un carro avanzaba a toda velocidad, él la tomó de la mano y avanzó con ella. Al llegar a la acera, se la soltó. Una fila de palmeras los acompañaba.

Se sentaron en una banca de madera. Desde allí veían la gran burbuja inmóvil, los pequeños barcos meciéndose en el vacío. La cruz a su izquierda brillaba como un cuerpo vivo.

—Tú has viajado de la sierra a la costa. Has conocido tantas cosas. Pero eres tan joven todavía.

—No sé si soy joven, de verdad. He pasado por muchas cosas He vivido en diferentes lugares, pero no porque quise —sonrió Delia—. Siempre pasaba algo que tenía que irme, así era, pues. Soy una pasajera.

Se quedaron mirando la oscuridad con los puntos iluminados de los barcos.

—Ya podrías quedarte en un mismo lugar. Sentar cabeza. ¿No crees?

—No sé. Tengo mucha cosa fea aquí —dijo ella, señalándose la cabeza—. Nunca voy a poder estar en un lugar.

Enrique se quedó callado. Sentían el viento en la cara. Detrás de ellos pasaban los ómnibus y algunos mototaxis. Un hombre deambulaba cerca, canturreando una melodía de borracho.

—Por lo menos tu bicicleta no hace ese ruido —dijo ella, señalando hacia la pista.

—Mi bicicleta —le comentó Arturo.

—Y montar es tu gran afición de toda la vida, ¿no? Me dicen que montas desde que eras chico.

Enrique sonrió sin mirarla.

—De toda la vida. Creo que no molesto a nadie montando.

—Y hacer ejercicio es lo mejor para mantenerse joven —dijo ella, sonriendo, doblando las manos en el regazo—. Eso es lo que yo tengo que hacer. Hacer ejercicio. Sentirme bien.

Enrique miraba el cielo negro y sintió un frío repentino.

—Eso es lo que todos quisiéramos. Ser felices es mucho pedir. Pero por lo menos sentirse bien.

Delia sonrió, mirando hacia una pareja que pasaba cerca. Había doblado las manos en las rodillas y miraba hacia adelante sin dejar de sonreír.

—Sentirse bien a veces por lo menos.

—Tengo cuarenta años y me siento bien —dijo Enrique—. Creo que estoy bien.

—¿Cuarenta años? Pareces de menos, Enrique.

Él sonrió mirándola. La tomó de las manos.

—Lo que no sé es en qué momento he cumplido cuarenta años. Uno ni cuenta se da y de repente ha pasado un montón de tiempo. Pero no es nada cuarenta años tampoco. Falta mucho todavía.

Él le soltó las manos, pero la seguía mirando.

—Pero has hecho tus cosas —dijo Delia—. El trabajo de contador es muy importante.

—Lo hice, pero otro lo podía haber hecho. Lo hice bien. No he hecho otra cosa. Hice todo lo que pude como contador. La gente con la que trabajaba me agradecía, pero no creo que nadie me recuerde. No fui tan bueno tampoco. O sea, cumplí con mi trabajo. Pero no tuve ambición, no creía en eso. O a lo mejor no tuve interés. En realidad, hubiera querido dedicarme a la música, pero no me atreví. Tampoco quise irme a una empresa más grande. Nunca quise destacar en nada. Todo mi trabajo lo hice para otra gente, para contentar a otra gente. Los estimaba, pero ahora no siento nada por ellos. Un poco de afecto en su momento. Un poco de gratitud, eso es importante también, no se puede negar —dijo alzando los brazos—. De repente eso alcanza para que una vida valga la pena. Complacer en todo momento a los demás. Es un modo de verlo, en todo caso.

—La gente te aprecia mucho —dijo Delia.

—Pero ahora quisiera hacer otra cosa. La biblioteca en el colegio, por ejemplo. Eso me ilusiona. Es algo mío. Y puede ayudar a los muchachos. Que lean algo. Sería una buena cosa. Hacer algo que valga la pena por primera vez.

Enrique le propuso caminar. Ambos se levantaron al mismo tiempo. Iban hacia la bajada, bordeando el muro, con el mar a su izquierda.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre pensé que tenía que hacer lo que me pedían. Primero mis padres y luego mis jefes. Y ya ves, Delia. Aquí estoy. Cuarenta años que se pasaron volando y no sé quién soy y estoy aquí contigo. Pero estoy bien. Me siento tan bien contigo, Delia.

—Tienes suerte después de todo, Enrique. Has tenido padres y jefes, siempre alguien que te ha ayudado.

—Me han protegido, no sé si me han ayudado. Pero me han ayudado, sí, cómo no.

«Cómo no» era una expresión que Enrique había heredado de su padre. Siempre que alguien le pedía hacer algo, su padre había contestado: «Cómo no». Cómo podía alguien pensar que no iba a estar allí para ayudar. Cómo iba a pensar lo contrario. Cómo no. Era un modo de mostrar su disposición al mundo. Así era mi papá. Enrique le sonreía. Uno hereda la vida pero también las palabras.

—Yo perdí a mis padres, Enrique. Perdí todo, en realidad. Solo tengo a mi hija. Pero es mi mundo, eso sí. A veces la abrazo a la Viviana solo para comprobar que existe.

Un viento frío barrió algunos papeles cerca de ellos.

—Lo siento mucho. ¿Pero qué fue lo que pasó? ¿Te lo puedo preguntar?

Ella alzó las manos, como protegiéndose.

—Es una historia muy larga, Enrique. Pero la he pasado muy mal. Me han pasado cosas, que, bueno, no sé. No te puedo explicar.

—Me imagino, Delia.

—Todo eso de la guerra. Todo lo que pasó. Ya te imaginas.

Se detuvieron. Entonces hubo un largo silencio entre ellos. Las olas seguían retumbando, pero cada vez más lejos. Eran como caricias que llegaban desde otro tiempo y se iban pronto.

Enrique vio la humedad de su rostro y sintió que la pena y el amor le partían el pecho. En ese momento una dulzura desconocida lo hacía gravitar hacia ella.

—Yo estoy contigo —se oyó decir.

Entonces Enrique la cogió de los hombros y se acercó a Delia. Ella volteó. Enrique se estremeció en sus labios húmedos y firmes. Se sintió asombrado, luego conmovido. La estaba besando. Por un instante ella lo sostuvo con los labios y le rodeó el cuello.

Luego Delia se alejó, bajó la cara y estalló en llanto. Dijo algo como «discúlpame» y salió corriendo hacia la pista. Cruzó el malecón sin mirar y un auto frenó, antes que ella siguiera.

Enrique la llamó. Pero Delia se había esfumado. Algunos autos seguían pasando, con sus rugidos.

* * *

Delia había oído la voz de Enrique, pero siguió hacia adelante. Abrió la puerta de la sala. Se arrojó sobre el sofá. No dejaba de llorar. Y mientras lloraba, solo pensaba en Enrique. Sentía sus labios una y otra vez.

Viviana apareció.

—Mami —dijo.

Delia alzó la cabeza. Se enjugaba las lágrimas.

—No te preocupes —le dijo.

Entró a su cuarto. La señora Liz estaba de pie. Tenía un crucigrama a medio hacer en la mesa.

—¿Qué ha pasado? —le dijo.

—Nada. Todo bien, gracias.

—¿Todo bien con Enrique?

—Sí. Todo bien.

La señora Liz bajó la cabeza. Dejó el lapicero sobre el crucigrama.

—Bueno, hijita. Te dejo. Mañana vengo a despedirme.

Se acercó y la abrazó.

—Gracias, Liz.

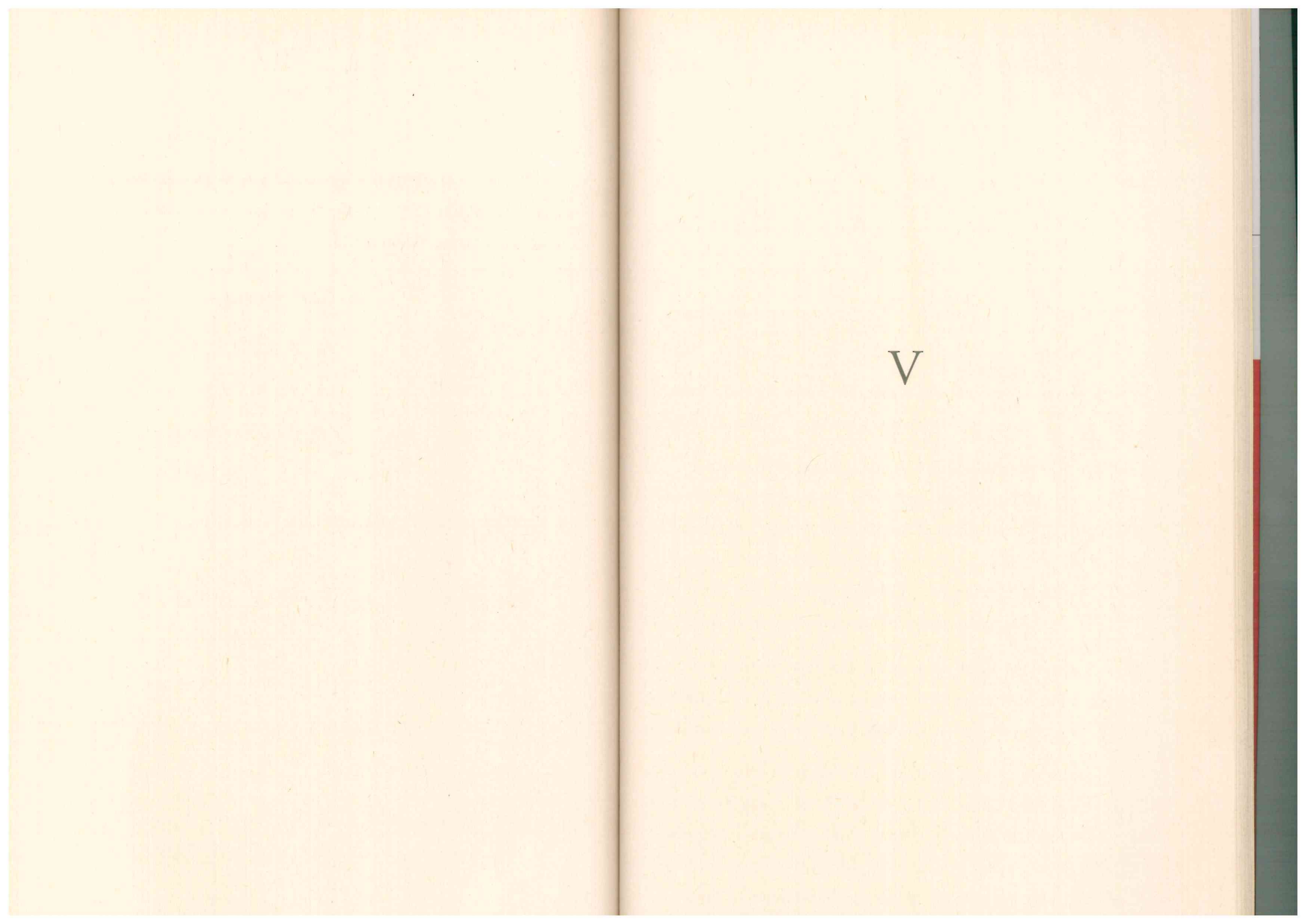
—Me da mucha pena que te vayas, hijita.

Al verla irse, le pareció que la señora Liz estaba sollozando.

Felizmente le quedaba una pastilla. Iba a bastar para quedarse dormida esa última noche.

* * *

Esa noche el capitán Arturo se acostó junto a la mochila. Iba a llevar el dinero para Delia al día siguiente a primera hora. Ya se había tardado demasiado.



V

Delia había puesto el despertador a las seis pensando en que debía estar en la estación a las ocho.

A pesar de la pastilla, apenas había dormido. Las imágenes volvían siempre, pero sobre esa mañana. No debía seguir recordando. Quizá para dejar de recordar debía regresar a Huanta. Necesitaba convencerse de que era su tierra. Los hombres que habían hecho todo eso ya no estaban allí. Ni los senderistas ni los militares. No estaría ninguno.

Lo primero que iba a hacer al llegar sería entrar a los benévolos muros de la iglesia de San Pedro. Entrar allí con Viviana, bajar la cabeza y rezar. Iba a sentirse protegida allí.

Pero para su sorpresa no pensaba solo en su retorno y en sus recuerdos y en el oficial que se había presentado en su peluquería unos días antes. Pensaba también en Enrique. Desde la noche anterior él estaba entrando a su memoria con sus sacos limpios, su cuerpo delgado, sus modales gentiles y su firme voz

nocturna. Ella se había sorprendido tanto cuando él la besó. Y sin embargo en ese momento solo había sentido una especie de placer, aunque esa no era la palabra. Era otra clase de cosa. Era saber que había alguien capaz de quererla o de desearla a pesar de todo, y que era él. Pensó que lo iba a dejar atrás, pero se sorprendió al darse cuenta de que tal vez lo iba a extrañar. No debía haber huido cuando sintió sus labios. Debía haberse quedado con él. Debía haberle preguntado. ¿Qué podía haber estado sintiendo él por ella durante ese tiempo? Pero ya no había tiempo. Era el final de su vida en Lima. No había podido soportar que ese otro hombre regresara y supiera de ella. Tenía que irse.

Y a pesar de todo, la fiesta en la parroquia había resultado tan linda. Era una despedida. Iba a recordar al padre Esteban, a las señoras Rina y Rebeca. Y sobre todo a doña Liz.

Se lo iba a decir a Vivianita muy pronto. Hoy no vas al nido, hijita. Hoy nos vamos de regreso a la casa. Nos vamos a Huanta, a nuestra tierra. Allí está el tío Alberto y la tía Cloti que nos esperan. No te preocupes que vamos a estar bien allá. Vas a ver.

Salió a mirar el mar. Sintió el viento en la cara. Pensó que el viento era su amigo. Quizá traía algún mensaje desde muy lejos.

Las luces iban aclarando el aire, como mostrando la verdad que se insinuaba esa mañana en su calle. Más allá, en la plaza, una brisa inclinaba los árboles. Debía entrar otra vez a la casa. Era hora de irse. La señora Liz estaba por llegar a despedirse.

* * *

Arturo sintió la brisa al bajarse del auto. Estaba en su calle. Era la calle que la llevaba donde Delia. Allí estaba el letrero de su peluquería. Allí la había dejado.

Vio algunos escolares riéndose, camino al colegio. Pasaron a su lado. Uno de ellos lanzó una risotada.

Arturo sostenía la mochila en el asiento de al lado con una mano y tenía la otra aferrada al timón. Sentía un hielo clavado en los pies.

Un poco antes, al llegar a esa calle, había dado una vuelta a la manzana. Un rato estuvo manejando con el morro a su izquierda. Vio a un perro callejero y a un grupo de muchachos en una esquina. Por fin estaba estacionado. Había decidido lo que iba a hacer. Tocar la puerta, a esa hora tenía que estar allí. Darle la mochila, decirle: «Te corresponde, es tuyo», y luego irse de allí.

Bajó del auto. La mochila apenas le pesaba. Llegó hasta la puerta. Ese botín le serviría de algo a Delia. Le serviría a su hija. Podría remodelar su peluquería. Podría comprarse ropa.

Le serviría para algo. Y les serviría a Gladys y Carolina, su pequeña, para que estuvieran bien allá, en el cielo.

De pronto, mientras estaba frente a la casa, ocurrió algo.

La puerta del local se abría.

Frente a él estaba Delia. Tenía una maleta. Detrás, una señora mayor le decía algo. Junto a ella estaba su hija.

Arturo se quedó frente a las tres mujeres. Sentía el peso de justicia en la mano.

—Delia —le dijo.

Ella lo miró.

—¿Qué hace acá? ¿Cómo sabe mi nombre, desgraciado?

—Por favor.

—Fuera de aquí, maldito. Fuera.

—Te traje esto.

Arturo abrió la mochila y le enseñó el sobre con los fajos de billetes dentro. Delia miró el dinero, luego a él. Seguía allí, sin moverse, mirándolo.

—Delia, vamos. Cierra la puerta y vámonos de aquí —dijo la señora a su lado.

—Fuera de aquí, mierda —dijo Delia, con los ojos incendiados—. No quiero saber nada.

Arturo miró a la niña. Las vio alejarse. Un golpe de sangre nuevo corría por sus entrañas.

Entonces regresó al auto, abrió la guantera y sacó la pistola.

Alcanzó a Delia y a su hija en la esquina. Se puso frente a ellas.

Delia tenía la mano aferrada a Viviana.

La mujer mayor a su lado vio la pistola.

—Por favor, señor —dijo la señora—. ¿Qué le pasa? Por favor. Váyase.

Un hombre de chompa negra caminaba con una canasta por la acera. Un par de niños avanzaban distraídos, uniformados para el colegio. De pronto todos se detuvieron. Estaban mirando hacia ellos.

Arturo volvió a alzar la mochila.

—Toma —le dijo—. Es para ti. Esto lo he traído para ti.

—No quiero nada —dijo Delia—. No quiero que me dé nada. Fuera de acá.

—Es lo tuyo —murmuró Arturo.

De pie en la acera, Arturo le extendió otra vez el sobre con los billetes.

—No quiero su dinero —dijo ella—. Solo quiero que se muera. Eso nomás. Váyase de aquí. Yo ya me voy también.

Arturo puso el sobre en la mochila y la empujó hacia ella. Sintió el roce de su mano. Delia se apartó, lo miró durante un largo instante. Luego cogió el sobre y lo abrió. Entonces, sin quitarle la vista de encima, tiró los billetes al aire. La brisa marina empezó a hacerlos volar entre los transeúntes, que iban de un lado a otro.

En esa lluvia de dinero, mientras los peatones se agitaban a su alrededor, Arturo sacó la pistola del bolsillo. Le pareció que veía la Glock por primera vez. El cañón negro y afilado, la empuñadura oblicua adecuada a la mano.

Sintió un extraño placer con el peso del arma.

Se dio cuenta de que la había alzado. Sin saber bien por qué, le estaba apuntando a Delia. La señora a su lado alzaba una mano, pero ella se sostenía de pie, frente a él, una mano aferrada a la maleta y la otra a su hija. Apenas se movió, como si estuviera esperando que él lo hiciera.

Mientras Arturo le apuntaba, lo invadió la certeza de que podía librarse de sus pesadillas al librarse de ella. Podría librarse de sus recuerdos, podría evitar encontrarse otra vez con ella. Podía olvidarse de esa tarde. Desde entonces él había estado de un lado a otro, tratando también de olvidar lo que había ocurrido con su familia.

Le estaba apuntando a Delia y ella lo miraba de frente mientras la niña gritaba algo y la señora a su lado le decía que bajara el arma. Sí. Debía eliminarla para poder sentirse mejor. Después, para completar su tranquilidad, debía suicidarse. Solo entonces supo que era lo que había venido a hacer. Lo que había querido hacer desde hacía varios años antes. El destino se la había enviado para que pudiera hacer eso con ella. Matarla primero y suicidarse luego.

Arturo mantuvo la pistola apuntada hacia Delia, que lo observaba con serenidad. En ese momento, la mujer que la acompañaba estaba regresando a la escena con un policía. El guardia le estaba diciendo algo. Baje el arma, carajo. Baje el arma o le meto plomo, mierda. Baje el arma.

Mientras oía las voces del policía como un eco distante de otras voces, Arturo vio la cara de Delia. No era la cara que había visto tantos años antes, cuando la había abandonado, después de las violaciones y las torturas. Era la cara de alguien que a los veinte años había atravesado todos los pormenores del infierno y había salido al otro lado del mundo, para intentar vivir algo que se pareciera a una vida. Era una cara endurecida por la resistencia, unas facciones que el instinto había rescatado del gran pozo de donde la mayor parte de las gentes no quiere salir después de todo lo que había pasado. Su mirada en ese momento no era de dolor o de rabia, sino de algo que se parecía a una nueva certeza, una certeza que había cultivado en silencio.

¿Y él? Él había podido ayudarla y no lo había hecho. Él habría podido intentar evitar que eso ocurriera y se había negado. Su falta no había ocurrido en un momento determinado. Simplemente

se había dejado arrastrar. Él también era responsable, como si hubiera hecho cola con violadores como Chacho y Guayo, que eran y seguirían siendo sus amigos. Arturo era igual que ellos. Era peor. Había podido reconocer el valor de los actos. No había tenido la suficiente fuerza. No se había atrevido a rebelarse contra el coronel y contra los soldados. Había podido hacerlo, pero en cambio había seguido las consignas de los Chacho y Guayo que pueblan el mundo. No había cumplido las órdenes del coronel, sino las del miedo que crecía en su piel.

La rabia, la vergüenza, el dolor que lo habían acompañado desde entonces se resolvían en ese instante solo como un deseo de matarla. Ella y él no podrían vivir en este mundo sino en el otro, donde moran las huestes infinitas de los muertos. Ella lo conocía mejor que cualquier otra persona. Lo había visto descender a los niveles de la perversión. Frente a todo eso, era absurda esa ofrenda de dinero que él le había llevado. ¿Qué podían significar esos billetes? No tenía ningún sentido lo que él había querido hacer. Pensó en su madre y en Gladys y en Carolina. Todos se habían ido. Él estaba solo sobre la Tierra. Solo quedaban él, esa mujer y su hija que tenía al frente. Tenía que acabar con todo.

Pero mientras el policía seguía tan cerca con una pistola en la mano, deme el arma, carajo, deme el arma, señor, no haga locuras, mierda, un músculo inesperado se movió en el cuerpo de Arturo y dejó de apuntarle a Delia.

Dobló el brazo. De pronto la pistola estaba frente a él. Estaba apuntándose a la boca.

Con una serenidad inesperada, se dio cuenta de que estaba dispuesto a estallar delante de ella, como una ofrenda. No podía seguir así, con la cantidad de recuerdos que lo asolaban. Se lo debía.

Entonces vio los ojos de Delia. Un vértigo de emociones se había juntado en ella. No sabía qué quería decirle con esos ojos pero sí que el perdón, la lástima y la reconciliación estaban muy lejos de ella en ese instante.

De pronto ocurrió algo. Delia se estaba acercando. Arturo advirtió que ella misma iba a encargarse de su ejecución. Iba a tomar la pistola de la mano para encajarle un tiro. El policía a su lado se acercaba a ella, alzaba una mano y le decía, señorita, apártese, por favor, pero ella seguía caminando hacia él.

Entonces sintió la mano tibia de ella en la suya. Sintió por un instante el calor de su cuerpo y la delicada piel que lo poseía. La pistola se deslizaba hacia sus dedos. Delia la sostuvo y la tiró lejos. El arma rebotó en el cemento y fue a posarse mansamente en el sardinel. Luego ella lo miró con una expresión que él nunca iba a olvidar y se alejó.

De pronto el policía estaba detrás cogiéndolo de los hombros.

Otro policía se estaba acercando, le estaba poniendo unas esposas y lo llevaba al auto. Un tercer policía recogió la pistola.

Una vez dentro del patrullero, Arturo pudo mirar hacia atrás.

Allí estaba ella. De pie, en el horizonte, sin moverse.

Entonces notó que alguien lo golpeaba en la cabeza y lo cogía de los pelos. El auto arrancaba. Iba a quedarse así.

* * *

Al verlo partir con la Policía, Delia sintió los brazos de la señora Liz que la rodeaban. Ya pasó, ya se fue. No te preocupes, hijita.

La señora Liz sostuvo la mano de Viviana. «No puedo creerlo, Dios mío», dijo. «No termino de entender todo esto. Pero qué atrocidad. ¿Por qué vino ese hombre? ¿Por qué quería matarse? Y quiso matarte a ti también. Pero parecía conocerte. ¿Quién era, hijita?».

Delia miró hacia la calle, donde el carro policía se empequeñecía.

—Nunca voy a saber —dijo.

Luego se acercó a Viviana.

—¿Estás bien?

La niña llorosa asintió. Delia la abrazaba.

—Vámonos —le dijo.

—¿Va a presentar una denuncia, señorita? —dijo un policía a su lado—. Si usted desea, puede acompañarme a la comisaría. Hay varios testigos aquí.

Delia no le contestó. Puso una mano en el hombro de doña Liz.

—Me voy, señora Liz. ¿Vendrá a verme?

—Claro, hijita. O a lo mejor vendrás tú por acá.

Delia miró hacia las calles del barrio.

—No creo. Hágame un último favor, señora Liz.

—Sí, hijita.

—Es muy importante.

—Dime.

Delia volteó hacia ella.

—Dígale a don Enrique que lo quiero mucho —hizo una pausa y agregó—: No se vaya a olvidar.

Doña Liz asintió. Un taxi sobreparó en la plaza. Delia se subió de la mano con Viviana. El taxista se bajó a cargar las maletas. Ella miró la pileta y las casas de madera.

Mientras el taxi avanzaba, Delia mantuvo la cara fija en la de su vecina que se alejaba y luego extendió la mirada hacia las fachadas que se iban acumulando, cada vez más rápido.

* * *

Un poco después Delia estaba sentada en el ómnibus, en la avenida, camino a la carretera Panamericana. Viviana estaba a su lado. Delia había terminado de calmarla, por el momento. Había una serie de cabezas que se mecían delante, preparándose para el largo viaje. Las calles distantes y pobladas de Lima iban avanzando hacia ella, la encaraban, pasaban a su lado de un modo fulminante y desaparecían al fondo del vehículo. Vio a los taxistas y los ómnibus detenidos y el humo infiltrándose en la neblina, y sintió las bocinas exasperadas que se superponían. Pensó en la carretera y en el trayecto hasta Pisco, y en el camino de subida que la esperaba luego. El bus estaba lleno de pasajeros que iban a visitar a sus familiares por las fiestas. Ellos iban a regresar pronto a Lima. Ella en cambio iba a quedarse allá. Quería volver para saber lo que quedaba de su casa en la ciudad. Ver los cactus de flores de color lila y la capilla de la Virgen del Rosario en el jirón Rasuhuillca, y revivir el sabor seco de la sopa de chuño y de oca verde y la dulzura celestial de la mazamorra de calabaza y la chicha de las siete semillas. Sentir el sabor del huarapo con galletas y la chicha de maní y las formas verdes y suaves de la palta. Reconocer el aire azul que llegaba desde un tiempo en el que ella era otra persona, una niña antes de todo lo que había ocurrido. Era un mundo en el que sus padres estaban vivos, antes de que hubiera llegado el ruido de la guerra. Era el tiempo en el que ella iba a la laguna helada y pura de Qarqarcucha, con sus piedras fragmentadas y sus bosques de quishuar. Debía hacer que regresara ese tiempo pero estar en otro, donde no hubiera tanta pobreza, donde pudiera tener una casa decente y un trabajo y algo de comer todos los días, y desde esa vida nueva, ver otra vez la cúpula con la cruz de la capilla de la Alameda en el cielo atormentado y puro del atardecer. Debía enfrentar esa parte del camino, cerca del puente de Ayahuarcuna, donde se había quedado. Debía estar allí para quedarse. Recordando la luz de su tierra por anticipado, sin darse cuenta, se quedó dormida. Y cuando unas horas después la vio, nítida, en la ventana de su asiento, sintió que su cuerpo estallaba en un gran sollozo de amor.

* * *

Al día siguiente, lo primero que sintió Arturo al despertarse, fue un olor a orines. Estaba todavía en la carceleta. Las imágenes de Delia y de su hija lo habían perseguido en unos sueños exasperados.

Había algunas sombras cerca que lo observaban. No había comido. Un guardia estaba en la reja.

—¿Qué van a hacerme? —dijo Arturo.

—Venga.

Se puso de pie con dificultad. Estaba de pie, lo que le pareció digno de mérito.

Llegó a un escritorio. El oficial a su lado escribía algo en un cuaderno, sin notar su presencia. Arturo se quedó en silencio, esperando.

—¿Qué va a pasar conmigo? —insistió.

El oficial se detuvo a mirarlo. Tenía la cara en forma de pera. Luego siguió escribiendo.

—Parece que nada —dijo sin alzar la vista—. Nadie lo ha acusado. Así que le vamos a hacer un parte por alteración del orden público, pero nada más. Las cárceles muy llenas están. Y su pistola es de reglamento y ya nos dimos cuenta de que usted tiene licencia. Además, es oficial en retiro del Ejército Peruano. Pero en el futuro déjese de huevadas, oiga.

—No quiero quedarme en la calle. Quiero que me lleven a la cárcel.

El guardia sonrió. Tenía una sonrisa de ogro, con los dientes largos y oscuros.

—Lo siento. Lo vamos a tener que soltar. Así que jódase, capitán.

El guardia le dio un papel y le pidió que firmara.

Arturo alzó el papel.

—¿Qué es de mi auto?

—Está en el depósito. Tiene que pagar y puede sacarlo.

Arturo recibió las llaves y miró al guardia.

—¿Y mi pistola?

—Tranquilo, capitán. No haga muchas cojudeces por allí.

El guardia le dio el arma.

—Alguien lo ha ayudado, como puede ver. A lo mejor el de arriba —dijo, alzando un dedo.

Arturo encogió los hombros.

—Buenos días. Puede irse —le insistió el guardia sin mirarlo.

Empezó a escribir en un cuaderno. Arturo dio media vuelta.

* * *

Salió a la calle con el estómago adolorido. No había comido desde que lo habían llevado a la celda.

Revisó la billetera. Le habían dejado algo de dinero. Fue a sacar su auto del garaje. Luego se dirigió a la plaza. Se sentó en una banca frente a un puesto. Compró un pan con queso y un café. Toto estaba más allá, pero él prefería no verlo.

Mientras estaba desayunando, sacó su pistola. Por un instante pensó que debía acabarlo todo allí mismo. Excombatiente del Ejército en zona de emergencia se suicida en un puesto de comida en la calle. Le parecía que ya había leído la noticia varias veces. Quizá la suya sería una nota pequeña en algún diario popular. Estaría en un tabloide, pegado a las paredes de un quiosco durante una mañana. Eso sería todo. Esa sería su vida. Guayo y Chacho se alegrarían con la noticia y dirían que había recibido su merecido. Sus hermanos murmurarían que siempre había tenido tendencias violentas, y se encogerían de hombros. Estaba solo. Gladys y Carolina hacía tiempo que no podían sentir nada por él. No tenía a una sola persona a la que dar cuenta en el mundo. Solo algunos huevones que decían ser amigos suyos. El café estaba demasiado caliente y quizá en ese momento esa era la mejor razón para pegarse un tiro.

Sin embargo, mirando la pistola, recordó lo que había ocurrido con Delia y sintió otra vez el calor de sus dedos mientras le quitaba el arma de la sien. Sostuvo la pistola en el aire.

—¿Qué hace con eso allí? —dijo el vendedor del puesto.

Arturo guardó el arma. Pegó la mano al bolsillo, como cuidándola.

—Nada.

—Tenga cuidado nomás —el hombre señaló hacia abajo—. ¿Un poco más de azúcar?

Arturo sostuvo la taza con las dos manos. Sintió el líquido caliente y amargo en todo el cuerpo.

—No —dijo.

No había tiempo de volver a su casa. Terminó el café, sintió la sangre corriendo a toda velocidad, se despidió del vendedor y subió al auto.

Un poco después, con la pistola al costado, llegó hasta la casa del coronel. La señora Rosa le abrió la puerta.

—Capitán Arturo —le dijo—. Qué bueno verlo. Hoy día el coronel amaneció mucho mejor. Pase.

Cuando vio la puerta abierta, Arturo siguió de largo. Pasó el cuarto donde había jugado a las cartas con el coronel, cruzó

el patio de las macetas colgantes, llegó hasta la sala. Su jefe estaba instalado en su sillón.

El coronel se veía bien. Recién bañado, la piel lozana, el cuello protegido por una bufanda, las piernas bajo una manta gris. Sus ojos lucían risueños y tranquilos.

Arturo lo miró perdido en su tiempo. Volvió a escucharlo dando órdenes en el cuartel. Allí estaban otra vez sus palabras. Mire, capitán. Si no me obedece, entonces lo denuncio por colaborar con los terroristas y lo mando al calabozo. Y después lo despacho a Lima para que hagan lo que quieran. Ya sabe lo que pasa con los traidores, capitán. Así que no se meta conmigo.

El capitán Arturo Olea sacó la pistola del bolsillo, le apuntó y le dijo: «Aquí nos paga algunos muertos, coronel».

El coronel lo observaba. Parecía querer decir algo y Arturo comprendió que en ese instante su jefe empezaba a entenderlo todo: las noches de torturas en Ayacucho, y las colas de violaciones y la vergüenza y sus remordimientos secretos, la deshonra del uniforme y la traición a los juramentos en los que alguna vez él también había creído. El largo sonido de los gritos y la extensión de los rostros a los que él había cubierto con un plástico y que lo perseguían. El coronel lo estaba entendiendo todo en esos ojos tan tranquilos y quizá resignados, que de pronto se aproximaban, y en ese mismo instante parecía aprobar lo que Arturo estaba a punto de hacer. Muy bien, capitán. Creo que es lo justo. Era lo que haría un buen soldado después de todo, tratar de hacer alguna justicia con su arma. Los enemigos siempre son inesperados. Yo deshonré el uniforme. Usted va a hacer lo correcto, capitán. Se lo ordeno. Proceda usted.

Arturo no dejó de mirarlo. Apretó los labios, dijo: «Sí, mi coronel», y apretó el gatillo. Lo vio caer hacia atrás, con una sonrisa y un orificio en la frente. Se quedó un momento frente al cadáver. Escuchó el alarido de la señora Rosa. Pensó en que debía retener esa imagen. Salió corriendo, atravesó la casa y se subió al auto. Podría seguir, muy lejos.

Arrancó a toda velocidad. Frenó. Estaba jadeando. La pista estaba vacía.

Se miró en el espejo. Se dio cuenta de que de pronto había rejuvenecido.

VI

Enrique se despertó con un golpe y una bocina. Era el tubo de escape de un auto en la pista que daba a su casa. Era muy común últimamente. Para qué usar despertadores en Lima, si tenemos esos autos con tubos malogrados que además tocan las bocinas por todo lo alto.

Se había despertado con un dolor que le erizaba la garganta. Era una consecuencia de haber caminado durante tantas horas. El domingo, después de lo que había ocurrido con Delia, había estado dando vueltas por el barrio. Se había quedado un rato cerca de la casa de ella. Las luces estaban apagadas.

Se levantó, dio vueltas, calentó el café. Pensaba en ella.

Era miércoles. Habían pasado tres días desde entonces. No había querido ir a verla, por la pura vergüenza. La había abrazado. La había besado. El rechazo de ella, o lo que parecía su rechazo, lo avergonzaba. Él no lo entendía, pero sabía que

ella tenía razón. Quizá no volvería a verla nunca, pensó. Aunque se la iba a topar en el barrio. ¿Cómo sería?

Se levantó, prendió la cafetera, vio algunas noticias en la televisión. El presidente Fujimori había sido reelegido. Se rumoreaba que iba a modificar la ley para poder ser reelegido indefinidamente. No era de extrañarse. Haciendo uso de su humor negro, el locutor dijo que pasarían a comentar las novedades policiales. Había habido un crimen. Ayer un coronel fue encontrado muerto en su propia casa, las versiones indican que alguien entró y le disparó a boca de jarro. Sus restos están siendo velados en la parroquia del Santísimo Sacramento. El coronel había estado en la guerra de Ayacucho, informaba una voz. Se sospecha que fue un atentado de un remanente de Sendero Luminoso. Luego la locutora agregó, pasando nuevamente a otro tema de la información, les reiteramos las precauciones que debe tomar para no contraer la gripe en esta época del año, tan propensa a los males respiratorios. Un médico aparecía dando algunas explicaciones.

Vio su bicicleta. Estaba allí siempre esperándolo. Le haría bien salir a dar una vuelta. El barrio estaba bendecido esa mañana por un sol tempranero, algo totalmente inusual en esa época del año. Las pistas parecían recién iluminadas.

Fue dando vueltas en la bicicleta. Se detuvo en el quiosco a comprar el periódico. Lo hojeó sentado en una banca en la plaza y luego miró hacia la pileta. Algunas gotas rebalsaban con un chisporroteo y caían formando hilos plateados.

Decidió que debía ir a la casa de Delia. ¿Por qué no? Debía ir donde ella. Seguramente estaba atendiendo a alguna clienta.

Subió a la bicicleta y pedaleó hasta la casa. Era raro. Estaba cerrada. Tocó la puerta.

—Hola, Enrique —dijo una voz.

Volteó. Era la señora Liz.

—Doña Liz. Qué tal.

—Nada. Un poco triste, pues.

—¿Qué ha pasado?

—Delia se ha ido, Enrique. Con la niña.

Enrique se acercó.

—¿Pero por qué? ¿Cuándo?

—Se fue anteayer. Tempranito.

—¿Pero va a regresar?

—Dice que no. Pobre. Ha sufrido mucho esa chica.

—¿Pero dónde se ha ido?

—Se ha regresado a Huanta, me dijo. Se ha ido para allá. Tiene a sus tíos. Pero ya hablé con ella. Está bien.

—¿Pero qué pasó?

—Es que apareció un hombre aquí.

—¿Quién?

La señora Liz alzó los brazos, como tratando de espantar algo.

—Alguien que le recordaba todo lo malo que pasó, Enrique. Un hombre terrible. Creo que se ha ido huyendo de él. No sé.

—Pero cómo puede ser.

La señora Liz estaba mostrando unas arrugas nuevas en la frente. Enrique se dio cuenta de sus muchas noches de tormento.

—Y justo la mañana que ella se iba, el lunes, el tipo volvió. Le apuntó con una pistola, Enrique. Y la niña vio todo. Fue terrible.

—¿Pero quién era?

—Alguien que la perseguía desde Ayacucho. No sé.

—¿No le pasó nada?

Liz observaba a la distancia.

—Pero mal, Enrique. Dice que no va a regresar nunca.

—Qué terrible.

La señora Liz volteó hacia el malecón. Una línea le atravesaba una mejilla.

—Pero antes de irse, ella me dio un encargo para ti, Enrique.

—¿Qué?

—Me dijo que te dijera que te quiere mucho.

Ella había volteado hacia él. Enrique asimiló lo que acababa de escuchar. El inicio de una sonrisa.

—¿Eso te dijo?

Ella se cogió el pelo. Siguió hablando y mirándolo, mientras se lo sostenía. El viento le movía la falda.

—Así me dijo.

Enrique se quedó en silencio. Cada una de esas sílabas tardaba en hacer un efecto en sus entrañas, pero era una sensación que iba a quedarse con él.

—Pero dime. ¿Qué fue lo que le hizo ese hombre?

—Le apuntó con una pistola. Primero le trajo plata y luego le apuntó a ella. Y después se apuntó él. Yo pensé que iba a matarse delante de todos nosotros.

—Por Dios.

—Fue terrible para ella y para Vivianita ver eso. A las finales no pasó nada, felizmente, pero fue terrible. Felizmente había un patrullero por allí y se llevó al hombre.

Enrique la miró. Volteó hacia la calle. Unas filas de mujeres mayores caminaban lentamente, con canastas en las manos.

La miró otra vez.

—¿Pero por qué Delia tuvo que irse?

La señora Liz hizo un gesto con la mano, como suprimiendo su pregunta. Miraba hacia la plaza.

—Me dijo que ese hombre podía volver a buscarla. Estaba en peligro. Por eso se fue. Pensó que estaba en peligro.

Enrique la miró. La red de arrugas parecía haberse profundizado.

—Entonces tengo que estar con ella —dijo—. Tengo que ir a verla.

La señora Liz alzó la mano.

—Pero ella quiere estar sola. Se ha ido porque no quiere ver a nadie. Mejor no la molestes, Enrique.

—Tengo que verla. Ese hombre puede...

—Mejor no la molestes. Ya te digo.

Enrique levantó un dedo frente a su cara.

—Señora Liz, por una vez en mi vida voy a querer molestar a alguien. Quiero decirle a alguien lo que siento. Quiero decírselo a ella. Por una vez en mi vida, señora Liz. ¿Me entiende?

—Sí. Pero, Enrique.

—Voy a ir a buscarla.

La señora Liz alzó los brazos.

—¿Pero cómo vas a ir? Ya no hay pasajes. Está todo vendido por las fiestas.

Enrique la observó.

—¿Está en Huanta, me dice?

—Sí. Pero no sé su dirección exacta. Es en el barrio de la Alameda. Allí viven sus tíos.

Él alzó el índice.

—Voy a ir a Huanta entonces. Voy a preguntar por ella. Seguramente la habrán visto llegar.

—Bueno, pero te puedes demorar buscándola.

—Pero voy a ir igual, señora Liz. He estado montando bicicleta toda mi vida. Y recién ahora —dijo apuntando hacia abajo—, recién ahora me doy cuenta de que era para hacer lo que voy a hacer ahora mismo. Recién ahora me doy cuenta.

Algo se afirmó en el rostro de Liz. Alzó las manos y las dejó caer.

—Carajo. Creo que tienes razón, Enrique. Tienes razón, mierda. Tienes que ir.

—En esta bicicleta me voy.

—Pero no puedes ir en eso, Enrique. En eso no vas a llegar. Y un hombre de tu edad, además...

—No me insulte, señora Liz. Dígame nomás, ¿cómo llego hasta Huanta?

—Con eso no vas a poder.

—Dígame cómo llegar.

Ella lo miraba. De pronto alzó la mano apuntando hacia la pista a su derecha.

—Bueno, pues, mira. Sigues aquí por Huaylas, luego coges la Panamericana sur hasta llegar al desvío en Pisco que está como a más de doscientos kilómetros. Luego subes por la carretera, pasas la entrada a Humay y llegas a Huaytará subiendo por las curvas por las laderas. Y después viene lo peor, Enrique, porque cruzas una meseta a casi cuatro mil metros de altura donde hay muy poca vegetación, ¿me oyes? Y si no te congelas allí, y si no te ahogas, entonces eso significa que ya no te vas a morir nunca, Enrique. Pero después empiezas a bajar y ves las retamas y los paltos y los riachuelos, y llegas a una altura donde se ve que la carretera baja en curvas, y desde allí arriba puedes ver la ciudad de Ayacucho. Hasta allí desde Lima son casi seiscientos kilómetros. Un auto tardaría diez horas, pero tú en tu bicicleta vas a tardar varios días de hielo. Y cuando llegues a Ayacucho, todavía tienes que seguir varias horas más para llegar hasta Huanta, que está más allá todavía, bajando hacia la montaña. No puedes ir en bicicleta, Enrique. Tienes que ir en un ómnibus. También hay aviones allá. Pero seguro que después de las fiestas encuentras un pasaje.

Enrique la observaba con una sonrisa. Ella nunca había visto una expresión como esa.

—No puedo esperar, Liz. Me voy ahora mismo. Me voy a hacer mi maletín y me voy. En la bicicleta tengo una canasta para guardar algunas cosas.

—No sé qué decirte, Enrique. No sé, de verdad. A lo mejor te recoge un ómnibus o un auto en el camino. Puedes parar en Huaytará. Pero después es muy largo el camino y sin paradas.

—¿Cómo se llaman sus tíos?

—Alberto y Cloti. Se apellidan Espíritu. Todos los conocen allí, en Huanta. Viven en el barrio de la Alameda. Preguntas por ellos en la iglesia y te van a decir.

Enrique dudó.

—¿Cómo sabes tanto de Ayacucho, señora Liz?

—Porque soy de allí. Soy de Huanta, Enrique. Y Delia está más cerca de lo que crees. Ella no lo sabe.

Enrique miró hacia un costado. De pronto lo había entendido todo. Sintió una energía desconocida. Miró su bicicleta negra.

—Bueno. Gracias por todo —dijo. Hizo una pausa y agregó—: Voy a buscar ropa y algo de comer. Salgo de aquí en una hora.

La señora Liz lo observaba. Una línea recta se afirmó en su rostro. Las cejas de escarcha se movieron hacia arriba, formando un arco.

De pronto lo cogió de las solapas y empezó a abotonarlo.

—Pero abrígate, Enrique —le dijo por fin mientras le cerraba el cuello—. Abrígate bien, carajo, que el camino está muy largo.

Enrique asintió. Luego se subió en su bicicleta y empezó a pedalear. Sintió el viento a sus espaldas.